

VIRTUDES HEROICAS, VIDA DE ORACIÓN,
GRACIAS EXTRAORDINARIAS Y FAMA DE SANTIDAD
DEL P. JOSÉ TOUS Y SOLER, OFM CAP., FUNDADOR DE LAS HH.
CAPUCHINAS DE LA MADRE DEL DIVINO PASTOR

ERNESTO ZARAGOZA Y PASCUAL

Heroicidad y virtudes del P. José Tous y Soler

Sabido es que en la vida cristiana se identifica la santidad con las virtudes heroicas, o mejor dicho con el ejercicio de todas las virtudes en grado heroico. En efecto, ya el gran padre de la Iglesia, S. Agustín decía de los mártires, que «si el uso común del lenguaje eclesiástico lo permitiese, los llamaríamos nuestros héroes» (*De Civitate Dei* 1.10, C.21; PL 41, 299). Y el Papa Benedicto XIV precisa que «el género divino y teológico de la virtud heroica se refiere únicamente a aquellas virtudes que Dios, por encima de cualquier exigencia de la naturaleza, infunde en nuestras almas, en orden al objeto o fin sobrenatural» (*De Servorum De beatificatione* III, Prato, 1841, 21, 9). Y las virtudes que Dios infunde para disponer a la santidad son todas las llamas infusas, tanto teologales (fe, esperanza y caridad), como morales (tales las cardinales prudencia, justicia, fortaleza y templanza) y sus anejas.

Santo Tomás de Aquino dice que «la virtud ordinaria perfecciona al hombre según el modo humano, la virtud heroica le añade la perfección sobrehumana» (*Comm. ad Mtbe*, c. V, l y I-II, 54, 3). Pero veamos cómo este componente sobrehumano no significa ser como un supermán, más fuerte que todo y que todos, incombustible e infatigable. El concepto de heroicidad ha variado según las épocas, por lo que se refiere a las condiciones que definen la virtud como heroica, pues

algo que puede ser un esfuerzo heroico para un niño no lo puede ser para una persona mayor, porque al juzgar la heroicidad de una virtud hay que tener en cuenta las circunstancias personales y ambientales, familiares y culturales del individuo que las practica. Sin embargo hay unas connotaciones comunes a todos los individuos, hombre y mujer, niño o adulto, señaladas por el Papa Benedicto XIV, que afirma: «La virtud heroica es la que obra de modo fácil, pronto y deleitable por encima de lo común» (*O.c.* III, 22, 1). Y nosotros añadimos que de una manera continuada. Es como obrar naturalmente de una manera sobrenatural u obrar sobrenaturalmente de una manera natural.

Por tanto es un error antiguo creer que el santo es el hombre que hace cosas difíciles y raras, muchas de las cuales suponen una gran resistencia física y perfección ética no común. El santo sería el que hace en la dimensión religiosa lo que ninguno podría hacer, como exceder a todos en la prolongada oración, en los ayunos, los éxtasis, las obras de misericordia, las austeridades, etc. Por tanto, el santo canonizable no es un héroe formidable, ni menos se ha pensar que ha obrado practicando heroicamente la virtud, gracias a su fuerza de voluntad, pues la santidad es principalmente obra de Dios, que actúa en el cristiano a nivel ontológico desde el bautismo, a nivel psicológico (conformidad de pensamiento y voluntad con Cristo) y moral (frutos de buenas obras): los santos canonizables han alcanzado la santidad en estos tres niveles, aunque siempre en distinto grado en lo psicológico y moral y nunca en su totalidad, porque la santidad se consume en la escatología, es decir tras la muerte.

Pero veamos otro error frecuente al considerar la heroicidad de virtudes. Ya Duhamel hace decir a su personaje Salavin —un ateo que quiere a ser «santo»: «Acabo de comprobar que las ocasiones de realizar acciones virtuosas son en total bastante raras y sobre todo, que es necesaria mucha presencia de ánimo para no dejarlas escapar» (*G. DUHAMEL, Diario de un aspirante a santo*, Buenos Aires, 1945, 51). Es lo que dijo también el Papa Benedicto XV (*AAS*, 1920, 170) con ocasión del decreto de heroicidad de virtudes del venerable M. Gianelli: «para realizar hechos admirables e insólitos es necesaria la ocasión idónea. Pero dicha ocasión, más bien es rara, no depende del arbitrio del hombre», como por ejemplo las pestes, los terremotos, etc. que darían ocasión a los actos heroicos y en este caso la santidad heroica no dependería en absoluto del cristiano, lo cual es un absurdo. Por tanto, no se ha de entender lo heroico como algo ocasional, ni tampoco

co que tenga algún relumbre externo o provoque la alabanza pública ni en actos extraordinarios de virtud, que sobresalgan por su fama o impacto en las gentes sobre el modo de obrar de los demás, aunque naturalmente el cristiano perfecto, de algún modo —sin quererlo y sin darse cuenta muchas veces— debe brillar en virtud sobre los demás. Sin embargo esto es accidental. Lo esencial de la heroicidad está «en la fiel y continua guarda de los preceptos, junto con su observancia según los propios deberes» de estado y según las circunstancias personales de cada uno.

Para demostrar que el siervo de D. Gianelli obraba heroicamente, es decir «por encima de modo común», el decreto de Benedicto XV insiste en la innata y natural inconstancia del hombre en el mundo y en su imposibilidad moral de «obrar por prolongado tiempo de un modo uniforme, pues la perfecta y continua fidelidad a los deberes del propio estado durante muchos años —en el caso concreto eran los 10 últimos de su vida— eleva al hombre por encima del modo común de obrar y vivir. Y el mismo pontífice en el decreto de heroicidad de virtudes del venerable Juan Bautista de Borgoña, dice: «La santidad propiamente consiste sólo en la conformidad con la voluntad divina, expresada de un modo continuo y exacto en el cumplimiento de los deberes del propio estado» (AAS, 1920, 173).

Por tanto según la doctrina pontificia la heroicidad de virtudes se identifica práctica y materialmente con la misma santidad y la santidad consiste en el «en el continuo y exacto cumplimiento de los deberes del propio estado». Por tanto: exacto, continuo y sobrenatural (por amor de Dios) son los elementos de la heroicidad, sin olvidar los antiguos de obrar el bien de modo fácil, pronto y deleitable, todos los cuales hacen que de una manera u otra el santo sobresalga por encima de lo común. Esta fidelidad sobrenatural, según el P. Gabriel de Santa M^a Magdalena, «más oculta, pero no menos ardua, de cada hora a todos los deberes cotidianos incluso mínimos», es propiamente la heroicidad (*Normes actuelles de la sainteté*, Études Carmelitaines, 28, 1949, 175-178). Pero como los deberes son distintos para cada individuo hay que juzgar la fidelidad a ellos según las circunstancias concretas en que se encuentra en cada situación. Sólo así será válido el juicio sobre la fidelidad cotidiana y sobrenatural concreta, que constituye la verdadera heroicidad. Y que el autor S. Indelicato la llama «excelencia integral en el ejercicio de las virtudes» (*De sanctitate quae pro beatificatione et canonizatione servorum De requiritur probanda*, Mon. Eccle, 75, 1950,

113). Esta práctica integral en el ejercicio de las virtudes debe ser habitual, es decir que ninguna virtud prácticamente requerida no sea positivamente descuidada o violada, sin desequilibrios, ni con altos y bajos, fervores y dejadez, exigencias desorbitada y desidia, sino siempre con el mismo ánimo, sin alteraciones bruscas, sino de modo homogéneo, pues de otra manera sería imposible distinguir si la práctica de las virtudes y su heroicidad son fruto de la colaboración humana a la gracia o del desequilibrio mental o psíquico; equilibrio mental y psíquico requerido siempre para los que van a ser canonizados, pues la declaración de la Iglesia debe reposar en certezas bien fundadas.

Otra característica de la santidad heroica es que sea *constante* en el modo de observar perfectamente los deberes del propio estado; *pronta*, es decir que con facilidad y alegría se cumpla con ellos aún en circunstancias muy difíciles. El grado supremo de la heroicidad de las virtudes se deduce de la abundancia de los frutos, en cuanto que la santidad heroica, incluso en los deberes más simples, se las ingenia para obtener y producir efectos cada vez mayores, más vivos y más intensos. De ahí que también puede haber heroicidad en los niños que hayan llegado al uso de razón.

Finalmente debemos decir que se ha de ver la heroicidad como compleción de toda la vida del santo, globalidad o totalidad que difícilmente se puede obtener de una relación fragmentaria de los actos heroicos de cada una de las virtudes en particular, como hacen muchos de los hagiógrafos o biógrafos tradicionales, antiguos y modernos.

Dicho esto, pasemos a ver si el P. Tous practicó las virtudes en grado heroico y de modo equilibrado y en cuáles sobresalió más por su heroicidad.

En primer lugar digamos que el P. Tous en todas sus actuaciones, escritos y cartas —y en los juicios que mereció de las personas que le conocieron y trataron, entre ellas el arzobispo de Toulouse, su Provincial Capuchino, los obispos de Vic, Barcelona y Daulia, las venerables Antonia M^a de Oviedo y María Ana Mogas, por citar las más autorizadas— aparece siempre igual, bien equilibrado, lleno de sentido común y de prudencia en sus decisiones de poca o mucha importancia, siempre animoso, confiado en Dios y en las aptitudes de las personas que dirige y conoce. Nunca se le ve hoy entusiasmado y mañana deprimido, aunque a veces se muestre perplejo y dudoso en lo que será mejor determinar o decir, pero esto es natural tratándose de cues-

tiones difíciles, de personas que no conoce bien y están en lugares lejanos, pues no sólo quiere acertar, sino que sabe que su determinación ha de ser responsable, sabia y prudente, y su juicio sobre personas y hechos imparcial y provisional, hasta haber obtenido toda la información necesaria. Por eso ora, medita, pide noticias, busca el parecer de otros, etc. como ocurrió en el asunto del abandono del Asilo del Consuelo de Ciempozuelos por parte de sus religiosas y el posterior traslado a Madrid, con las dificultades enormes que hubo y de las cuales salió airoso y con bien para sus religiosas, gracias a su tacto, prudencia y moderación, unidos a un sentido práctico innegable y a una confianza plena en Dios, unida al conocimiento de las propias posibilidades y de las de sus religiosas.

Con motivo del abandono del colegio de Ripoll (casa cuna del Instituto por él fundado) contra su voluntad —aunque con licencia del diocesano a quien la pidieron sus religiosas—, del abandono del Asilo de Ciempozuelos y de la fundación de Madrid, etc. nunca se le vio airado, dolido o contrariado, sino ecuánime, confiado en la Providencia Divina, siempre bondadoso, humilde, discreto, con un humor siempre igual —a pesar de sus enfermedades de estómago con sus accesos frecuentes—, siempre acogedor, dispuesto a escuchar, comprender y perdonar, a no apagar el pabilo vacilante ni quebrar la caña cascada, celoso del bien de las almas, cuidadoso de la vida espiritual de sus religiosas, atento a la enseñanza de las alumnas de sus colegios, responsable de la marcha del instituto, etc. Lo que supone que la gracia perfeccionó su naturaleza desde el punto de vista, evidentemente, moral, pues sin la ayuda de Dios y sin su colaboración a la gracia en grado heroico (por exacta, continuada, pronta y con alegría) no hubiera podido cumplir perfectamente sus deberes de estado y para con el Instituto, si tenemos en cuenta sus enfermedades habituales y los gravísimos problemas que hubo de solucionar y las situaciones sumamente delicadas a las que tuvo que hacer frente en numerosas ocasiones, además de las ya citadas de Ripoll y Madrid.

Asimismo jamás se muestra contrariado si las cosas no salen como él esperaba, ni herido en su amor propio, si no se sigue exactamente lo que determina, ni orgulloso o porfiado en sus opiniones, ni envidioso de que otros intervengan en el gobierno del Instituto o en la vida espiritual de sus religiosas. Vive olvidado de sí mismo, pues jamás habla de sus enfermedades o problemas personales o familiares, sino es para justificar el retraso en contestar una carta o pedir oraciones —aunque

éstas jamás las pidió para él—, mostrando así que su único interés era la gloria de Dios y el bien de las religiosas y de las niñas a ellas confiadas, en una palabra su celo por las almas incondicional y totalmente entregado al servicio de la Iglesia, según las responsabilidades recibidas de la jerarquía.

Su manera de ser tan «redonda», es decir sin aristas de ninguna clase, queda patente por el hecho de que no sólo su vida y actividades merecieron la aprobación y los elogios de sus contemporáneos constituidos en dignidad, familiares, amigos, religiosas y alumnas, sino que no se sabe que jamás nadie le haya reprochado nada pecaminoso o menos perfecto ni en su vida y escritos, ni en la dirección espiritual o en la marcha de su Instituto. Aprobación y elogio por una parte y por otra ausencia de acusaciones o reproches de falta alguna en el cumplimiento de sus deberes religiosos de estado y de los que miraban a su Instituto, que a fuer de fundador le había confiado la competente autoridad eclesiástica, muestran no sólo el equilibrio, prudencia y sobrenaturalidad con que se movió —*vox populi vox Dei*— sino la heroicidad de sus virtudes en su conjunto.

Pero veamos de individualizar algunas de las principales virtudes que practicó en grado heroico, la primera de las cuales y más patente fue la *fe-confianza* que actúa por la caridad, en la forma de *celo por el bien de las almas*, en sus distintas facetas de predicador apostólico, confesor y director espiritual (en Toulouse y en Barcelona), animador de la juventud femenina (en S. Francisco de Paula y entre las religiosas y alumnas de los colegios de su Instituto) y suscitador de vocaciones para la vida religiosa. Pues su fe-confianza acrecentaba su caridad y como dice su amigo S. Antonio M^a Claret: «El verdadero amor de Cristo nos estimula y apremia a correr y a volar con las alas del santo celo. El verdadero amante ama a Dios y a su prójimo; el verdadero celador es el mismo amante, pero en grado superior, según los grados de amor; de modo que cuanto más amor tiene por tanto mayor celo es compelido. Y si uno no tiene celo es señal cierta que tiene apagado en su corazón el fuego del amor, la caridad» (*L'egoismo vinto*, Roma, 1879, 60).

Luego dando la vuelta al argumento del mismo santo, decimos que el fuego del amor, de la caridad, del P. Tous era muy grande, pues como dice S. Antonio M^a Claret «cuanto más amor tiene por tanto mayor celo es compelido». Y como vemos que su celo por la salvación de las almas fue tanto, tan constante y tan fructífero, que aún perdura a través de su instituto, debemos concluir necesariamente y sin temor

a equivocarnos que su caridad fue heroica —por las connotaciones apuntadas— la cual de rechazo nos muestra la fe-confianza del P. Tous también en sumo grado o heroica, pues heroico fue su fruto, que es la caridad, manifestada por un celo por la salvación de las almas.

Otra de las virtudes practicadas en grado heroico por el P. Tous fue sin duda la *fortaleza*, pues sobresalió por la *intrepidez* y la *fidelidad* a Dios, que son dos aspectos de la virtud de la fortaleza. La intrepidez introduce, acompaña y perfecciona desde interior todo comportamiento bueno y abraza la iniciativa difícil, como fue la fundación de un nuevo instituto, su implantación en Madrid, la redacción de las constituciones, etc. La fidelidad supone renunciaciones que la intrepidez sugiere y ayuda a afrontar, pues la fidelidad es la intrepidez continuada, que abraza con serenidad y humildad las contrariedades y dificultades que sobrevienen. Pero la intrepidez está moderada y transformada por la fortaleza que hace del dinamismo agresivo de la intrepidez decisión prudente que evita tanto la temeridad precipitada como el temor desmedido; conciliar la prontitud victoriosa del sacrificio con la sana desconfianza ante las propias fuerzas.

La intrepidez es una virtud cotidiana, que se extiende a toda la vida y el alma de toda moralidad y espiritualidad. A través de la intrepidez, que supone un impulso de conquista que afronta el riesgo, se expresan los grandes ideales del alma generosa. Y cuando la generosidad intrépida se pone al servicio de una vocación sobrenatural, ésta se potencia. Hemos dicho que era una virtud cotidiana, y esencial e indispensable —añadimos ahora—, de la vida cristiana, porque cada día se requiere la intrepidez del perpetuo volver a empezar, que induce a luchar indefinidamente contra uno mismo aún sin aparentes victorias. Es necesaria también para subir todos los días la misma pendiente, aunque no se registre ningún progreso apreciable, pues el deber del cristiano se presenta bajo la forma austera y difícil de la regularidad metódica, ya que estamos inmersos en normas que regulan tanto la vida interior espiritual como la liturgia, la vida social y profesional. Para cumplir con todo y con todos y alcanzar el término con responsabilidad y constancia se necesita la intrepidez, pues la dificultad está en conservar la regularidad en la vida espiritual sin negligencia y sin dificultad al menos en las cosas pequeñas. Así vemos como el P. Tous atiende a sus deberes de estado, como sacerdote, en la dirección espiritual y de su Instituto, visitando las casas, confesando a sus religiosas e instruyéndolas de palabra y por carta (Ros, 221, 267, 199), dentro de la cotidianidad. Día

a día cumplió con los más variados deberes, sin hacer ruido, sin apenas ser notado, como en la sombra, pero con exactitud, incansablemente, por motivos sobrenaturales, con alegría, prontitud y facilidad, que hacen de la práctica de las virtudes un comportamiento heroico, hecho de intrepidez y fidelidad, que arranca de la fe-confianza, actúa por la caridad-celo apostólico y se manifiesta en la fortaleza en tanto que supone intrepidez y fidelidad. Intrepidez que aumenta a medida que el alma va perfeccionándose, sobre todo en las purificaciones y pruebas interiores, y manteniéndose constante a lo largo de la vida da lugar a la fidelidad, que como hemos dicho antes es la intrepidez continuada día a día.

La vida cristiana exige heroicidad de virtudes, por lo menos *in praeparatione animi*, ya que el cristiano ha de estar dispuesto, con la ayuda de Dios, incluso al martirio con tal de no renegar de la fe, necesaria para la salvación, si bien sabe que podrá contar con la gracia suficiente del Señor, prometida para semejantes circunstancias (Lc 12,12). No es posible imaginar una virtud cristiana que no sea al mismo tiempo compromiso intrépido y lleno de iniciativa responsable, ya que hay que desarrollar los deseos a la altura de nuestro destino, que es la santidad, a la cual Dios Padre nos ha predestinado en Jesucristo (Ef 1,14).

La vida cristiana no admite almas pusilánimes, sino sólo las que se entregan de un modo pleno y total a Dios, pues la vida es preparación para el cielo. A esta altura ha de estar el deseo y se ha de adecuar a él la propia actividad para lo cual se necesita la fortaleza sobrenatural, ayudada por la confianza en la *validez y eficacia* de la propia obra, de las cuales jamás dudó el P. Tous, al menos desde que se las confirmara S. Antonio M^a Claret, que en 1858 «le aseguró que era voluntad de Dios trabajar en una obra que había de redundar en la gloria divina y en la salvación de las almas» (Ros, 163).

Como la personalidad madura muestra siempre una prudente y atenta conciencia del peligro que se considera que hay que afrontar para lograr determinado objetivo, así el P. Tous en el plano sobrenatural apoya su intrepidez prudente en Dios, de manera tal profunda, que la fe teologal, que inspira en él la *confianza* en Dios, tan queridas y recomendadas por él a sus hijas («Debéis acudir [a Dios] con mucha *confianza* y si pedís bien y con *fe y confianza*, alcanzaréis lo que pidiéreis», Ros, 262), convierte esta confianza en pura *esperanza* en Dios. Y si por un lado las fuerzas personales pueden fallar, sabe que el socorro divino está siempre presente en el alma fiel, animada en su intrepidez

espiritual por el ejemplo de Jesucristo, de la Virgen María y de los santos.

Además de la fe-confianza en Dios, la caridad-celo por las almas y la fortaleza hecha de intrepidez y fidelidad, el P. Tous sobresalió por la virtud cardinal de la *prudencia* tanto en la dirección de las almas como del Instituto que había fundado, como lo demostró en las situaciones más delicadas y difíciles, de las cuales podía depender el aprovechamiento de las almas y el honor de la Iglesia. Sobresalió también por su piedad y devoción a la Eucaristía, a la Divina Pastora y a S. Francisco y S. Antonio de Padua; por su oración privada y litúrgica, practicadas y recomendadas incesantemente a todos; también sobresalió por su humildad en huir de los honores y permanecer en su estado de exclaustrado sin aspirar a cargos ni oficios dentro de la Iglesia, sino a servir en el ministerio que le fue encomendado, y en el uso de sus cosas personales (libros, ropas, pensión) en las cuales sobresalió por su austeridad, sencillez y moderación; sobresalió también por su obediencia, estando en el convento y fuera de él, hasta el punto de aceptar la decisión del obispo de Vic de que sus religiosas abandonaran la villa de Ripoll y la del de Barcelona en el cambio de la denominación de Terciarias Capuchinas por el de Religiosas del Instituto de la Divina Pastora, que sin duda sería muy sensible para él, como lo fue para sus hijas, que poco después de su muerte volvieron a recuperar el primigenio nombre de Terciarias Capuchinas.

Otras muchas virtudes cristianas ejercitó el P. Tous y por todo lo que sabemos de su vida, doctrina y actividades, podemos decir que, considerada en su totalidad o su vida cristiana fue heroica, no por actos de brillantez extraordinaria —cosa accidental a la heroicidad— sino por su exactitud, fidelidad, facilidad y gozo en practicarlas, dentro de las obligaciones de su propio estado y responsabilidades confiadas por la Iglesia, en especial la dirección espiritual y material del Instituto que fundó y que hoy está extendido en diversas naciones del mundo.

Esperemos que un día sea la misma Iglesia a la que sirvió toda su vida la que reconozca su heroicidad en la práctica de las virtudes para ejemplo de los fieles, religiosos y sacerdotes, para poder ser declarado públicamente santo y para gloria de Dios y bien de la misma Iglesia.

La virtud de la Templanza en el P. José Tous y Soler¹

Sabido es que la palabra templanza significa moderación en general —que por cierto ha de acompañar todas las virtudes, porque precisamente *in medio est virtus*—, pero también significa la virtud sobrenatural especial, que es la cuarta de las cardinales. Se trata de una virtud excelente, cuyo objeto es moderar la inclinación a los placeres sensibles, especialmente los provenientes del gusto y del tacto, dentro de los límites de la razón iluminada por la fe. Y aunque ocupa el último lugar entre las virtudes cardinales porque tiene como único objeto la moderación de los propios actos sin relación con los demás, no por eso deja de ser importante en la vida espiritual, porque precisamente ha de moderar los instintos más fuertes y vehementes de la naturaleza humana, que fácilmente se extravían sin una virtud que las modere.

La virtud infusa de la templanza inclina a la *mortificación*, entendida como privación voluntaria aún de las cosas lícitas para mantenerse alejado del pecado y tener controlada y sometida la actividad de las pasiones. Su contraria es la intemperancia que reduce al hombre al nivel de las bestias. Elementos integrantes de la templanza, que ayudan a su ejercicio, son la *vergüenza* —que produce el temor y confusión que se sigue del pecado torpe— y la *honestidad* —que es el amor al decoro, proveniente de la práctica de la virtud.

El P. Tous practicó la virtud cardinal de la templanza, porque era inclinado a la mortificación —que es su primer efecto—. Así lo dice el P. Josep de Alpens, su compañero capuchino: «A pesar de su exclusión, vivía como si estuviera en el claustro» (p. 292); en las Constituciones primeras de las Capuchinas afirma: «Habéis abrazado una vida; estrecha y *penitente*» (p. 329), «en esta Congregación de *penitencia*» (p. 330); «habéis sido llamadas a este estado de perfecta pobreza y *vida penitente*» (p. 337), penitencia que supone la mortificación. Y claramente al final de sus días les dice: «El convento donde no hay mortificación...es un infierno abreviado en donde reina el demonio» (p. 390), aunque la

1. Las páginas citadas en el texto, lo mismo que las Constituciones corresponden a la obra de Ernesto ROS LECONTE, *Vida y obra del P. José Tous y Soler (Fray José de Igualada, O.F.M. Cap.)* 2ª ed. (Barcelona 1985). Ernesto ZARAGOZA PASCUAL, *Correspondencia episcopal entre el P. José Tous y los venerables José Benito Serra, Antonia de Oviedo y María Ana Mogas*, (Montserrat 1990).

prudencia le hace ordenar que las penitencias «extraordinarias» no deberán hacerlas las hermanas sin licencia de la superiora. Personalmente fue diversas veces a tomar los baños, pero siempre fue por prescripción facultativa y por el tiempo mínimo necesario (p. 232).

La virtud de la templanza se subdivide, en lo que se refiere al gusto, en *abstinencia* y *sobriedad*, que moderan el uso de la comida y bebida; y en lo que se refiere al tacto, en *castidad* y *virginidad*. Estas cuatro virtudes integrantes de la templanza fueron practicadas por el P. Tous de una manera heroica por continuada. La abstinencia y sobriedad las tuvo *adquiridas* a causa de su enfermedad de estómago, que según certifica su médico Pedro Font ya en 1850, consistía en «un dolor de estómago o cardialgia...seguido de unos dolores nerviosos en varias partes de su cuerpo»(p. 82), lo que le obligaba tanto a tomar baños como a moderar su dieta; e *infusas*, pues las recomienda a las hermanas —señal de que las tenía en estima y por tanto las practicaba— dedicando el capítulo V de las Constituciones, donde dice: «Como la abstinencia, austeridad y aspereza sea sumamente alabada por los santos... se exhorta a todas las Hermanas que se abstengan de costosos y delicados manjares y vinos generosos, considerando que poco basta para la necesidad y que todo es poco para contentar la sensualidad.» Y en su circular de visita: «Que ninguna hermana tome ningún alimento fuera de los que pasa la comunidad y en las horas acostumbradas ni tomar medicinas ni refrescos, si no lo ordenaré el médico, o la Madre superiora, la cual debe con toda caridad favorecer la necesidad de las Hermanas, pero no la sensualidad»(p. 391). Y al hablar del alimento de las Hermanas, siempre se refiere a «lo necesario para vivir decentemente» (p. 223) «el común y suficiente alimento» (p. 332). Y establece que ayunen todos los viernes del año, además de los días establecidos por la Iglesia, en los que observaran también la abstinencia de carnes, dejando al arbitrio de la superiora el dispensar los ayunos de la cuaresma franciscana que va del 2 de noviembre a Navidad (p. 332). Además revela su pensamiento en materia de mortificación. Además, cuando señala como ejemplo de qué cosas se han de acusar las Hermanas en el capítulo de culpas: «Que soy poco *mortificada*; que ayer bebí agua sin necesidad y sin licencia.» Y la superiora deberá reconvenir a la que se acusa de tales cosas diciendo que «está muy mal a una religiosa que ha dejado el mundo para *mortificarse* y hacer penitencia beber y comer fuera de la comunidad y sin licencia, que es todavía peor», aunque en

aras de la caridad añade: «Cuando tenga necesidad pida licencia, que no se le negará ninguna cosa necesaria» (p. 333-334), y sí —se entiéndelo superfluo, precisamente por ir contra la virtud de la templanza.

Por lo que respeta a la *castidad* y *virginidad*, hay que decir que no solo las guardó, sino que ratificó la castidad virginal con voto, tomando naturalmente los medios de una continua vigilancia y una notable austeridad en la comida y bebida y en la guarda de los sentidos —medios que recomendó asimismo a las Hermanas—, puesto que esta virtud que anticipa en los hombres la vida angélica —llamada así porque los salvados en el cielo, al no casarse «serán como ángeles de Dios» (Lc 20,36)— es una virtud delicada y difícil y sin un don especial de Dios, no se adquiere ni se mantiene sin perseverante esfuerzo.

De la virtud cardinal de la Templanza derivan otras virtudes, tales como la *continencia*, que robustece la voluntad para resistir las concupiscencias desordenadas, la mansedumbre, que modera la ira según la razón iluminada por la fe, a ejemplo de la que tenía Cristo («modelo de mansedumbre» añade el P. Tous (p. 295) con sus apóstoles, las turbas, los pecadores, etc. y en su Pasión. Tanto la continencia como la mansedumbre fueron practicadas por el P. Tous; la primera por la necesidad que manifiesta de la mortificación voluntaria como medida preventiva para no pecar y por tanto para robustecer la voluntad contra las pasiones; la segunda fue especialmente practicada por él, puesto que en ninguno de sus escritos, ni tampoco de los testimonios de quienes le conocieron, se halla el más leve signo o expresión de iracundia, indignación ni injuria, aunque sin hacer tampoco nunca dejación de sus obligaciones, como cuando en defensa de la justicia —virtud más importante que la mansedumbre y que por practicarla no anula a ésta— inquiera si es cierto lo que le han dicho «personas de autoridad y crédito, residentes en Madrid», de que las Hermanas de Ciempozuelos «estaban vejadas y supeditadas como esclavas de moros», pidiendo, cortés pero enérgicamente, al obispo de Daulia que le diga lo que hay de verdad sobre ello (p. 234). Y cuando las Hermanas de Ciempozuelos abandonan secretamente el Asilo del Consuelo «sin consentimiento de los superiores», declara francamente que «por sola esta acción se declaraban y constituían apóstatas de la Orden e indignas de pertenecer al Instituto de la Divina Pastora» (p. 244). Por contra advierte a las superiores guardarse mucho de dar entrada a algún abuso, bajo pretexto de mansedumbre y caridad» (Cap. VIII).

Practicó también en grado heroico, por las muchas veces que la practicó, otra virtud derivada de la templanza: la *clemencia*, contraria a la crueldad que endurece la pena más allá de lo justo y de la blandura o lenidad que perdona o mitiga imprudentemente, la cual es causa de indisciplina y compromete la paz. La clemencia ayuda al superior a moderar la pena o castigo debido al culpable, sin herir la justicia, y nunca por motivos bastardos, sino por indulgencia y bondad de corazón, de la cual procede cierta dulzura de alma, que aborrece todo lo que pueda contristar a nadie. De la bondad del corazón habla la boca, y en el lenguaje escrito del P. Tous, especialmente en su correspondencia epistolar, se manifiesta inconscientemente la bondad de su corazón, pues llama a sus interlocutores, sean quienes sean y hayan hecho lo que hayan hecho «buenos». Así del obispo de Daulia dice que tiene «buen corazón»(p. 233), que ha recibido «su invitación bondadosa» para fundar en Ciempozuelos (p. 232) habla de «la conocida bondad de Vuestra Excelencia»(p. 245); de «la bondad y amabilidad de V.E.I.»(p. 250) y de «su conocida bondad»(p. 240). A las Hermanas, antes y después de abandonar sin permiso el asilo de Ciempozuelos las califica de «buenas religiosas» (p. 224) y «buenas Hermanas» (p. 230, 244). Agradece lo que D. Manuel Fernández Campoy, gracias a «su buen corazón lleno de caridad» (p. 260).

Por la virtud de la mansedumbre, que no quiere contristar a nadie, mira de que las Hermanas estén siempre contestas y alegres. Y así se alegra de que el obispo de Daulia «se desvele para el bienestar de las Hermanas y para que estén contentas y alegres...con sus esmerados cuidados, protegiéndolas y amándolas como hijas predilectas» (p. 232). Y al recibir explicaciones del mismo obispo sobre la situación de las Hermanas en el Asilo, dice: «Esto me bastara creer que nuestras Hermanas cumplirán los designios de la Divina Providencia y serán felices viviendo bajo la tutela y caritativa dirección de V.E.I.»(p. 241). Y a la Madre Mogas, que comunique a las Hermanas las noticias que le da de las Hermanas de Cataluña «que no dudo se alegrarán» (p. 254); que las del Asilo de Barcelona están «buenas y alegres (las cuales) también se alegrarán de saber de vosotras» (p. 267) y que las del colegio «están muy contentas y alegres y todas buenas (de salud) para trabajar en la viña del Señor»(p. 278). Sin embargo dice a la M. Mogas que no les revelará la situación de las que se hallan en Madrid —cuya fundación pasaba por momentos muy difíciles— para no inquietarlas ni entriste-

cerlas, pero que luego que todo pase se lo comunicará «y no dudo que se alegrarán de saberlo» (p. 255). Y se alegra de que las Hermanas de Ciempozuelos «vivan tranquilas, contentas y alegres» (p. 241). Y por el contrario, dice al obispo de Daulia: «Siento en el alma el disgusto que le había de causar mi última carta (sobre la situación de las Hermanas; la cual escribió) sólo con el motivo de poder tranquilizar...a todas las Hermanas de este Instituto, que estaban bastante preocupadas por tanta hablilla como se oía todos los días» (p. 239). Y cuando las Hermanas se marcharon secretamente del Asilo, le dice que siente «los malos ratos que naturalmente le habían dado esas buenas Hermanas con ese su modo de proceder» (p. 244). Y poco después le manifiesta «satisfacción por la buena noticia de haber entrado en razón las Hermanas confesando, el yerro grande que habían cometido, obrando por sí y ante sí, sin licencia de los superiores... (y de) que todo se ha remediado, quedando vencido por esta vez el lobo infernal, que quería cebarse con las ovejuelas de la Pastora Divina». Y ejercita la clemencia, imponiendo a las Hermanas la obligación de dar explicaciones de su actuación. Por eso continúa diciendo al obispo Serra: «Espero que la Madre Priora y demás Hermanas, conocido el error cometido, me darán competente satisfacción, prometiéndome no mover pie ni cabeza sin licencia de sus superiores. Cumplida esta formalidad del todo necesaria para entrar nuevamente en relaciones con la misma» Madre Priora» (p. 244). Pero compadeciéndose de su debilidad, las excusa diciendo: «Es de pensar que habrán dado sus descargos, manifestando a V.E. y también a Doña Antonia las causas que habrán motivado el marcharse del asilo» (p. 252). El aceptó sin duda las explicaciones de las arrepentidas Hermanas, las perdonó y reanudó su relación de amistad con ellas como si nada hubiera pasado.

Pero su clemencia se extiende a todas las Hermanas y no sólo a las de Madrid, pues ordena que «la prelada amoneste y corrija con humildad y caridad a sus Hermanas...Y todas deberán ser igualmente castigadas sin hacer diferencias y según sean las faltas que hayan cometido». Y la penitencia que les imponga sea moderada, como «comer tan solo pan y agua en tierra durante la comida...» (Cap. VIII). Y en el capítulo de culpas: «corregirá con palabras breves, devotas y llenas de caridad...Nunca se muestre enfadada, ni diga palabras pesadas, por grave que sea la culpa...Y las penitencias que comúnmente pondrá dar son: decir algunos padrenuestros con los brazos en cruz, traer una morda-

za en la boca, y si es cosa grave comer en tierra, comer pan y agua, dejar la escudella, dejar el vino y otras que la experiencia y ejercicio le enseñará y encontrará escritas en el Ceremonial de los PP. Capuchinos» (Cap. IX). Por tanto todos los castigos serán moderados pues los que enumera en aquél tiempo lo eran y en todo caso, los comunes entre los capuchinos, que quizás eran algo más severos que en el resto de las Ordenes religiosas.

Su clemencia se extiende también a las alumnas, a las cuales manda que las Hermanas enseñen «más con caridad y amor de madres, que con severidad y rigor de maestras, corrigiendo sus faltas y defectos con la *suave persuasión*, que no con bruscas palabras. Esto no quiere decir que no deben castigarse las faltas que cometan las niñas, pues entonces el desorden reinaría en las clases, sino que sea con *suma moderación...* (sin poner su nombre) en el cuadro negro... sino en el último apuro y agotados todos los medios de persuasión y después de haberlas reprendido y amenazado, primero en privado y después en público» (p. 394).

Y según testimonio de la M. Eulalia Freixes, que le conoció y trató, «aunque quería que reinase siempre la más exacta observancia, compadeciese de sus hijas y las dispensaba de las obligaciones de la Regla, cuando le parecía estaban sobrecargadas de trabajo» (p. 293). Y el P. Samuel Eiján, biógrafo de la M. Mogas, asegura que «prodigó siempre a la Religiosas bondades y afecto de verdadero Padre». En efecto, en una carta a la M. Mogas, se despide de ella y de las Hermanas, diciendo: «Podéis disponer todos, y todas vosotras, de éste vuestro Padre que os ama en el Señor y os desea gracia y acierto en todo y la bendición de Dios» (p. 255).

EL P. Tous practicó también intensamente otra virtud derivada de la templanza, a saber la *modestia*, que inclina a la moderación en los movimientos internos y externos de la persona, dentro de justos límites del propio estado, ingenio y fortuna. Dentro de los movimientos *internos* del alma está el dirigido hacia la propia excelencia, que es moderado por la virtud de la *humildad*, contraria a la soberbia y que mira principalmente a la sujeción del hombre a Dios, la cual atribuye S. Agustín al don del temor de Dios. San Benito, que señala hasta doce grados de humildad, el primero de los cuales —es el temor de Dios, da una definición de esta virtud diciendo al monje: «todo lo buena que vea en sí atribúyalo a Dios y todo lo malo a sí mismo» (Regla Cap.

IV,42-43), lo cual hace referencia a la *justicia* —dar a Dios lo que es de Dios y al hombre lo que es del hombre—, y a la *verdad* —puesto que lo bueno que tenemos es don de Dios y lo malo es de nuestra cosecha—. No en vano, Santa Teresa de Jesús, definió la humildad como «andar en verdad», la cual está tan lejos del envanecimiento como de la negación de lo bueno y lo malo que uno tiene, pues ambas cosas serían mentira. Si los santos se consideran muy pecadores, no es por que lo sean más que los demás, ni más que al principio de su conversión, sino porque al ir recibiendo mayores luces de Dios, ven más claro tanto su miseria como el abismo que hay entre Dios y ellos, de lo cual resulta una profunda humildad. Esta virtud, aunque no es la mayor de todas, sin embargo es muy importante porque juntamente con la fe constituye el fundamento de todo el edificio espiritual, al remover la causa que impediría recibir el influjo de la gracia de Dios, imposible de obtener sin ella, ya que el apóstol Santiago dice en su carta católica que «Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes» (St 4,6). Y advierte Santa Teresa, que «como este edificio (de la perfección) todo va fundado en humildad, mientras más llegados a Dios, más adelante ha de ir esta virtud, y si no, todo va perdido» (Vida 12,4).

El P. Tous fue humilde porque practicó la virtud de la humildad a ejemplo de Jesucristo, a quien propone a las Hermanas como «modelo de humildad» (p. 295). Su humildad queda reflejada en la despedida de sus cartas, no estereotipada sino suya propia. Así al obispo de Daulia, Benito Serra, le queda «su más afecto y seguro servidor, pidiéndole su bendición»; «su seguro servidor que besa humilde el anillo pastoral de S.S.I.»; «Repitiéndome su *humilde* y seguro servidor, que postrado a sus pies besa su anillo y le pide su pastoral bendición»; «Puede su E.I. disponer enteramente de este humilde servidor, que puesto a sus pies, besa su anillo pastoral». Y se reitera: «servidor inútil de este santo Asilo del Consuelo», y del citado obispo: «Su más atento y seguro servidor y devoto capellán, que puesto a sus pies besa su anillo»; «su más *humilde* servidor, que con el más profundo respeto besa su anillo»; «su más *humilde* respetuoso servidor» y «Reciba el corazón de su fiel amigo y *humilde* servidor, que con el más profundo respeto besa su anillo». Y al Sr. Manuel Fernández Campoy le saluda como «su más atento, afectísimo servidor que besa su mano» (p. 260).

Además exhorta expresamente a sus Hermanas a practicar la virtud de la *humildad*, diciendo: «Cuando hay en el corazón amor de Dios,

hay humildad y cuando hay humildad hay *verdadera humildad*, hay obediencia» (p. 391). Él mismo se intitula siempre en las cartas «presbítero» (p. 222, 223, 226, 228, 229, 230, 232, 234, 240, *passim*) y cuando se dirige a sus religiosas se despide de ellas como «vuestro padre» y «vuestro padre y servidor» (p. 257, 262) y también «vuestro padre y superior» (p. 278), que podría ser muy bien un error de lectura, por «servidor», puesto que esta fórmula únicamente sale una vez en toda la correspondencia escrita conservada. Tampoco se llama, aunque lo era por derecho propio, «Fundador» del Instituto, reservando este título para el obispo de Vic. Luciano Casadevall, que fue el que aprobó la fundación (p. 265) y quedándose él con el título de *Director General* —entonces común a todos los sacerdotes puestos al frente de un Instituto de religiosas—, que también lo era por disposición del Ordinario propio. Finalmente, diremos que exhorta a la prelada a corregir las faltas «con humildad y caridad» (Cap. VIII).

Otra de las virtudes que practicó el P. Tous, derivada de la virtud cardinal de la templanza, fue la *estudiosidad*, que modera el apetito natural de conocer y es contraria a la curiosidad y a la pereza en instruirse. El capuchino José de Alpens, compañero del P. Tous, asegura que éste «fuera de las ocupaciones de su ministerio, su retiro era continuo y siempre se hallaba ocupado en la *lectura de libros de su profesión* o en las visitas a los enfermos o en la dirección espiritual de las Hermanas» (p. 292). Y no sólo él practicó la estudiosidad, sino que la recomendó a sus religiosas, exhortándolas al estudio. Así les dice que «será muy conveniente que empleen el tiempo que les queda desocupado en la lectura de los libros espirituales que tendrán en común para consuelo y provecho de sus almas, los cuales leerán también en el refectorio». Y que en los días de fiesta «empleen algunos ratos en la lectura espiritual y las maestras aprovechen para prepararse para los estudios de la semana» (p. 391). Y para que cada cual sepa las atribuciones que le competen procure informarse y leer muy bien el Ceremonial Seráfico» (p. 391). Esto por lo que se refiere a la práctica positiva de la estudiosidad. Por la que se refiere a la parte negativa y a fin de evitar la natural curiosidad de sus religiosas, establece en las Constituciones de las mismas, que «ninguna no podrá enviar carta alguna... y tampoco podrá recibirla ni abrirla ni leerla, si primeramente no la ha leído la superiora (Cap. VII); y que en el locutorio —donde sin duda podrían tener ocasión de obtener noticias por los familiares, amigos y bienhechores que las visi-

taban, que «se guarden totalmente de conversaciones largas, inútiles, vanas y mundanas». Y a las novicias: «que no tengan confabulaciones, ni hablen sin necesidad con las monjas profesas», ni tampoco hablen «con personas seglares de fuera de casa, sin licencia» (Cap. X).

Otra de las virtudes derivada de la templanza, que también practicó el P. Tous fue la *modestia corporal*, que modera los movimientos externos e inclina a guardar el debido decoro en los gestos, suprimiendo tanto la afectación como la rusticidad. Tan lejos estaba el P. Tous de la afectación y de la rusticidad, y tanta era su modestia corporal, que el P. Alpens asegura que se lo asignaron para compañero de viaje, no sólo porque «era considerado muy virtuoso», sino por su porte externo y su «estatura más que regular», con el fin de «evitar desprecios del populacho» (p. 292). Además él mismo recomendó a sus Religiosas el silencio, que califica de «ornamento de las personas religiosas», y el hablar en voz baja, porque «el hablar con voz alta es un vicio que desdice de las personas religiosas», y aun, que su modestia resplandezca en las visitas, exhortándolas a que «todas sus palabras sean edificantes y provechosas, como conviene a siervas de Dios y observadoras del santo Evangelio» (Cap. X). También deberán ser modestas en las clases. Por eso les invita a presentarse delante de las niñas con la *modestia* y el candor que edifica y tratarlas con cariño y amor y enseñarlas con esmero». Y dedica todo un capítulo de las Constituciones (Cap. XIII) a la urbanidad, donde dice: «Todas las Hermanas tendrán mucho cuidado de guardar entre si la urbanidad religiosa, porque si faltara ella es un defecto muy grave entre seglares ¿cuánto más grave sería entre religiosas?». Y a las niñas, dice, han de «atraerlas con cariño y modales religiosas. No deben usar jamás con ellas palabras picantes y mucho menos palabras de desprecio hacia sus madres, pues esto es contra la caridad y fina urbanidad y *modestia* que siempre debe resplandecer en una religiosa esposa de Jesucristo, modelo de mansedumbre y humildad» (p. 392).

La *eutrapelia*, derivada asimismo de la templanza, es la virtud que modera los movimientos externos de loca alegría y excesiva seriedad, especialmente en el juego, diversión o descanso. El P. Tous ordenó «que las Hermanas se abstengan de cualquier manera de juego, aunque fuese tal, que a las personas seglares les fuese lícito por entretenimiento. El divertimento que podrán tomar es... hablar entre si de Dios, de las vidas de los santos y de aquellas cosas que pertenecen a la salud del

alma o de negocios útiles y honestos, absteniéndose de palabras ociosas y nocivas, como conviene a las sirvientas de Dios y observadoras del santo Evangelio» (Cap. XIV). Pero para evitar la excesiva taciturnidad o seriedad, establece que las Hermanas tendrán diariamente una hora de recreación, media después de comer y la otra media después de cenar (Cap. X).

Finalmente practicó la *moderación en el vestido*, que regula la modestia en el ornato externo y es virtud también derivada de la templanza. En las dos fotos suyas que tenemos se ve al P. Tous vestido con sotana y manteo comunes a los eclesiásticos de la época, con el alzacuello, bonete y zapatos que acostumbraban a llevar los sacerdotes, sin que se vea en su porte nada que llame la atención por vistoso, singular y menos por indecoroso. Por eso establece para sus religiosas, en cuanto al vestido, que éste sea *pobre*: «de estameña ordinaria, sin tinte alguna...una camisa de lino larga como la túnica...las cuerdas con que se ceñirán... sean rústicas, de lana blanca y con simples nudos..y la toca de tal modo ajustada que cubra parte de la cara y barba, como requiere la modestia religiosa... Las tocas y velos sean de tela grosera, de modo que resplandezca en ellos la santa pobreza...sandalias de cáñamo y para mayor decencia se les concede poder traer medias de lana negra» (Cap. III).

Por tanto el P. José Tous ejercitó la virtud cardinal de la templanza en grado heroico, por continuada, puesto que en su vida y escritos consta su inclinación a la fortificación, integrada por la vergüenza y honestidad; y la práctica y exhortación de las virtudes derivadas de la templanza, como son la abstinencia y sobriedad, por lo que se refiere a la moderación del gusto; la castidad virginal, por lo que se refiere a la moderación del tacto; la continencia y mansedumbre, que robustecen la voluntad y moderan la ira, respectivamente; la clemencia, que modera el castigo debido al culpable, alejando así los defectos de la venia y crueldad; la humildad y estudiosidad, que moderan los movimientos internos, de la propia elevación y del apetito de curiosidad, respectivamente; la modestia corporal, la eutrapelia y la moderación en el vestido, que regulan los movimientos externos, por lo que se refiere a los gestos y ademanes, al juego, y al ornato externo, respectivamente, alejando así tanto los defectos de la afectación y de la rusticidad, como los arrebatos de loca alegría o excesiva seriedad, y el excesivo ornato exterior del vestido.

La confianza del P. Tous

En repetidas ocasiones el P. José Tous da consejos a sus religiosas y en ellos insiste particularmente en la «fe y confianza», que eran por lo que se ve el fundamento de su vida espiritual cristiana más profunda, presupuestos la gracia y el amor de Dios.

Citamos dos textos clave, que son dos cartas dirigidas a la M. María Ana Mogas, su hija espiritual y religiosa de su Instituto, enviada por él a Madrid. La primera está fechada el 18 de febrero y la segunda el 16 de junio del mismo año 1868. En la de febrero le dice: «Ánimo, pues hermanas mías, ánimo y *mucha confianza en Dios y mucha confianza en nuestra Madre la Divina Pastora*, que os dará fuerzas y gracia para llevar a cabo y perfeccionar las escuelas... que el mismo Dios os ha confiado».² En la de junio le dice: «El fin que debéis tener en todas las cosas es trabajar en la viña del Señor únicamente para su mayor gloria y para el bien de las almas que Dios quiera confiaros. Constancia, pues, hermana mía, y no tema, que os saldrá conforme sean los designios eternos de la Providencia Divina. Dios ya sabe lo que os conviene, por tanto a él debéis acudir con mucha confianza y si pedís bien y *con fe y confianza* alcanzaréis lo que pidierais».³

En estas frases, sin él pretenderlo ni quererlo, el P. Tous revela su profunda vida de fe, a la cual está vinculada la confianza, puesto que ésta es la expresión de la actitud profunda de fe ante el futuro, que por ella se mira con-fe (que eso significa la palabra latina *confidentia*).

Diversas veces en su vida, especialmente cuando peligraba la existencia de su recién fundado Instituto de la Divina Pastora en Ripoll y luego ante otras dificultades surgidas en Ciempozuelos y en Madrid y no menos en las derivadas de la Revolución Septembrina de 1868, con la nueva reorganización de los institutos religiosos en cuanto a las formalidades de su existencia, que también afectaron al suyo, el P. Tous mostró una fe-confianza heroica. Y lo era en efecto heroica su confianza, porque era la esperanza sostenida por la certeza de las fuerzas y medios de que podían disponer él y sus religiosas y no por la convicción personal más o menos fuerte, sin otra garantía que la subjetiva,

2. ROS, 254

3. ROS, 261-262

porque esto hubiera sido presunción. Como dice Santo Tomás, la confianza no es una virtud autónoma, sino la conclusión de un razonamiento que comprueba las fuerzas disponibles, de acuerdo con el ideal que uno se propone. En el caso del P. Tous el ideal supremo era «trabajar en la viña del Señor, *únicamente para su mayor gloria* (de Dios) y *el bien de las almas* que Dios quiera confiaros», como vemos en la carta del 16 de junio de 1868, arriba citada.

La confianza es parte integral de la magnanimidad, y el prototipo de alma magnánima es el santo, que tiende nada menos que a poseer a Dios, grande e infinito. Por eso en el camino de la santidad la confianza es una virtud de capital importancia. Ella se apoya en la fe que hace cierta la promesa divina de poder alcanzar la felicidad eterna, mediante el auxilio que Dios otorga. Lo cual no excluye el poner de su parte los medios a su alcance para lograr el ideal propuesto; medios, circunstancias y personas que asume como instrumento de la gracia y del amor de Dios en el plan que su providencia tiene trazado para su vida y la de sus religiosas. Y aunque al fin, todo es gracia de Dios, no sería justo ni razonable esperar todo de él —aunque como dice S. Ignacio de Loyola, hay que actuar siempre como si todo dependiera únicamente de Dios, pero después de decir que se debe obrar como si todo dependiera únicamente del que actúa.

Por eso es preciso poner de su parte la colaboración necesaria al plan de Dios y eso es lo que hace el P. Tous, moviendo voluntades, escribiendo cartas, buscando recursos, etc. Pero cuando un alma, como la del P. Tous, se ha lanzado hasta el límite de su propia entrega, necesita indefectiblemente de la confianza, para creer que si se le pide algo que vaya más allá de las propias fuerzas o medios, será obra de la Providencia Divina. Por eso el P. Tous acepta colegios, hospitales y asilos de recogidas, porque la confianza que tiene en Dios le da aquella maravillosa seguridad, que no se preocupa del futuro, porque sabe que está en la omnipotencia de Dios el hacer lo que él quiera, cómo y cuándo, porque es superior a las propias fuerzas personales y a los medios disponibles.

Pero la confianza nace del amor: «No hay temor en el amor; sino que el amor perfecto echa fuera el temor» (1 Jn 4,18). Por eso el P. Tous tiene tanta fe-confianza, porque su amor es perfecto, puesto que nota en sí la presencia divina. Esta, como sabemos, es una presencia de fe, por eso es necesario tener un alma espiritualmente despierta, como

la tiene él, para poder percibir el amor invisible, pero real, que protege y guía su vida y la vida de sus religiosas y por tanto de su Instituto. Precisamente esta confianza auténtica no le permite despertar al Maestro con insistencias, exigencias o quejas, cuando éste duerme en lo profundo de la barca de su alma. La seguridad de su presencia es suficiente para velar su mundo interior, aunque el Maestro no se haga visible, es decir de manera sensible a su corazón. Con el apóstol Pablo exclamaba sin duda: «Todo lo puedo en aquél que me da fuerzas» (Flp 4,13), porque sabía que toda su vida y actividades estaban sostenidas por la misma fuerza de Dios. Y es que la confianza produce todas la audacias. Por ella, Pedro caminó sobre las aguas del lago de Galilea (Mt 14,29) y por ella el P. Tous acepta enviar religiosas al lejano Ciempozuelos, aun no teniendo muchas disponibles, y acepta la misión nueva de atender el asilo de arrepentidas, porque su confianza sabe que Dios es un padre de recursos infinitos; y si las cosas salen mal, recuerda que «Dios hiere y vinda la herida».

Como hombre de sabe que el alma de la verdadera confianza es la fe práctica en el amor de Dios, que nos hace hijos suyos. Por eso sigue el consejo evangélico: «Buscad primer el reino de Dios y su justicia y todas las demás cosas se os darán por añadidura» (Lc 12, 31). Y como su alma sólo tiene el deseo de responder a las iniciativas divinas expresa en la confianza todos sus sentimientos respecto a Dios; sentimiento de adoración, ante el poder y designio de Dios; sentimiento de amor, porque la confianza es la donación definitiva de sí mismo y de los propios ideales a la causa de Dios; sentimiento de gratitud por tanto como ha recibido de Dios —lo cual es prenda de futuros favores—; sentimiento de fe en la firme convicción de que Dios es fiel a sus promesas y que no abandona nunca a los que confían en él. Por eso la confianza hace fuerte su alma y le hace afrontar cualquier circunstancia por adversa o difícil que sea, porque está anclada en la fuerza —Dios— que lo puede todo en este mundo y en el otro.

Pero esta fortaleza, producto de la confianza en Dios, es don del Espíritu Santo, puesto que no está basada ni en la confianza en las propias fuerzas o deseos, ni en el pensar que se actúa por Dios y que lo hecho le será agradable y por tanto Dios no le puede abandonar, sino que está basada en el amor que tiene a Dios y su confianza le convence que, jamás podrá ser abandonado de Aquel que tanto ama. Por eso decían los santos padres, que el culmen del amor produce la fortaleza

de la confianza.⁴ Por esta fortaleza —don del Espíritu Santo— el P. Tous no se arredró jamás ante las dificultades, trabajos y reveses, porque su vida y actividades nacían de la confianza en Dios, que todo lo dirige y guía según los designios de su providencia; confianza tanto más profunda cuanto que nacía del amor a Dios —la gloria de Dios— y del amor al prójimo el bien de las almas—. Y aunque el amor de Dios no es directamente comprobable, sí lo es que a más amor más confianza y aunque ésta tampoco es comprobable por sí misma, pero lo es porque produce gran fortaleza y ésta sí es comprobable por sus efectos, es decir por los trabajos, dificultades y contratiempos superados por Dios, que en el P. Tous ciertamente fueron muchos los que tuvo que afrontar, y todos los superó, gracias a la fortaleza que le daba su gran confianza en Dios, fruto de su apasionado amor por él y por el cumplimiento de su voluntad, según los designios de su Providencia.

Oración y gracias extraordinarias del P. José Tous y Soler

Por los escritos y cartas que han llegado hasta nosotros y el testimonio de quienes le conocieron y trataron, sabemos que el P. José Tous y Soler, fundador de la Congregación de HH. Capuchinas de la Madre del Divino Pastor, vivió intensamente una vida de oración y plegaria en sus diferentes formas y grados, como vamos a ver seguidamente en este trabajo.

En primer lugar, debemos decir que el P. Tous no solamente aprecia la oración y su poder de intercesión, sino que él mismo recurre continuamente a ella en las más variadas situaciones, además de ofrecer y pedir oraciones para en definitiva conocer la voluntad de Dios sobre las personas, actividades y dificultades.

Empieza pidiendo a la comunidad que antes de decidir la admisión de una postulante las religiosas deben invocar al Espíritu Santo con el himno *Veni creator Spiritus*.⁵ Y pide a las Hermanas sus oraciones diciéndoles en la carta circular del 14 de enero de 1864: «Encargamos a

4. Ernesto ZARAGOZA, *El Espíritu Santo*, 2ª ed. (Sant Feliu de Guixols 1989), p. 80.

5. Const. Cap. II, ROS, 330.

todas las Hermanas que encomienden al Señor este asunto (de la impresión de la regla) para que sea de gloria a Dios, lustre de la Religión y aprovechamiento de todas nuestras Hermanas». En sus cartas pide frecuentemente oraciones, como en la del 31 de mayo de 1868, que dice: «Suplico a las hermanas que la encomienden (se trata de su cuñada Marieta, madre de la hermana Teresa Tous) a Dios y que le apliquen la sagrada comunión.»⁶ Y a la M. María Ana Mogas en carta del 16 de junio de 1868 le da recuerdos para sus bienhechores «a quienes, añade, encomendamos a Dios para que les conceda bienes espirituales, y temporales si les convienen... (Y que a las Hermanas) no cesamos de encomendaros a Dios para que os dé constancia y perseverancia en vuestra misión».⁷ Y le comunica que las Hermanas de Barcelona saludan cordialmente a las de Madrid «rogando a Dios os prospere y que os dé acierto en todas vuestras empresas, a fin de que podáis hacer en todo su santísima voluntad» (al tiempo que él queda) «suplicando al Señor os llene a todas de bendiciones celestiales».⁸ Y se despide de la M. Mogas y de las religiosas que están con ella, como «vuestro Padre que os ama en el Señor y os desea gracia y acierto en todo y la bendición de Dios».⁹ Y en otras ocasiones: «os deseo a todas la bendición de Dios».¹⁰

Estos deseos que manifiesta sobre la oración son ya una oración y denotan un gran aprecio de la misma, una práctica asidua de ella y un compromiso de orar por las personas a quienes se dirige, lo que demuestra el poder que reconocía a la oración y la necesidad de recurrir a ella en los momentos difíciles y en toda ocasión.

En cuanto a los grados de oración personal que tuvo el P. Tous, como carecemos de diario espiritual o de cartas de dirección, debemos recurrir al método evangélico recomendado por Jesús para distinguir los profetas 22 verdaderos de los falsos: «Por sus frutos los conoceréis» (Mt 7, 20) «Porque no hay árbol bueno que dé fruto podrido, ni tampoco árbol podrido que dé fruto bueno. Porque cada árbol se conoce por su fruto: pues de los espinos no se cosechan higos, ni se ven-

6. Circular del 14 de enero de 1864; ROS, 259, 394.

7. ROS, 262; ZARAGOZA, 89-90.

8. ROS, 268; ZARAGOZA, 95.

9. ROS, 255; ZARAGOZA, 81.

10. ROS, 268; ZARAGOZA, 94.

dimian uvas de un zarzal. *El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo bueno, y el malo, de su mal tesoro saca lo malo. Pues del rebosar del corazón habla su boca*» (Lc 6, 43-45).

Veamos pues cómo rebosaba el corazón y la boca del P. Tous por lo que respecta a la oración, a fin de llegar siquiera a cierto conocimiento de sus grados de oración, siguiendo el método del Evangelio.

Santa Teresa de Jesús, doctora de la Iglesia y gran maestra de oración, señala nueve grados de oración, a saber: vocal, meditación, afectiva, de simplicidad, de recogimiento infuso, de quietud, de unión, oración extática y oración transformativa. Iremos siguiendo este mismo orden de la Santa Doctora del Carmelo.

En cuanto a la oración vocal, no hay duda que la apreció, la tuvo y la recomendó. En las constituciones ordena a sus religiosas que practiquen la oración vocal litúrgica y devocional. En cuanto al método que propone para sacar fruto de la oración vocal, señalamos que establece que «en las horas y tiempos proporcionados» las Hermanas tendrán su tiempo de oración vocal y mental. Comenzando por la mañana, dice: «Al oír la primera señal de la campana acudirán al coro con toda presteza, recogimiento y silencio, al fin de preparar sus entendimientos» —esto es la preparación próxima—. Y ya en el coro —preparación inmediata— estarán «pensando que están en presencia de Dios para ejercer el oficio de los santos ángeles. Allí rezarán el oficio de Nuestra Señora» y las letanías de los Santos por la mañana y por la tarde las lauretanas. Las condiciones que pone para que esta oración vocal sea provechosa, son internas y externas, a saber: que se haga «con toda devoción, atención y reverencia» —el tradicional *digne, atente et devote*, pero dejando la reverencia que hace referencia a la postura externa para el último lugar y anteponiendo la devoción y atención, que afectan a la voluntad y el entendimiento, que son las dos alas para que la oración llegue hasta Dios. Añade unas condiciones externas que son: «uniformidad de voces, consonancia de espíritus, con voz mediana y con la debida pausa», que afectan al conjunto de la oración de las Hermanas, pues la favorecen y no entorpecen.

Dentro de la oración litúrgica hemos de señalar que aconseja vivamente la frecuencia de sacramentos, especialmente de la penitencia y eucaristía, ordenando: «se confesarán y comulgarán en todos los jueves y domingos del año, en todas las festividades de Nuestro Señor Jesucristo, de su Madre Santísima y en las fiestas de los santos de la

Orden» y por devoción otros días, pero con permiso de la superiora, tal como costumbre entonces.¹¹

En cuanto a las oraciones vocales no litúrgicas, manda que las Hermanas recen diariamente las letanías de los santos y lauretanas, que oren antes de tener el capítulo de culpas, donde una de las penitencias podrá ser el rezo de algunos padrenuestros.¹² Manda rezar un Avemaría antes y después de comer, antes de comenzar el trabajo y a las profesoras juntamente con las niñas antes de empezar las clases.¹³ Recomienda que para saludarse entre sí digan la jaculatoria: «Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar». Contestando: «Para siempre» o «Bendito sea el Señor, que os ha creado; Dios nos dé su santa gracia y otras semejantes»; «porque así conservarán la presencia de Dios en sus corazones y entendimientos».¹⁴

Además manda que cada año, en la segunda dominica después de Pascua —como hacían las Benedictinas de la Adoración Perpetua de Toulouse, gobernadas por una priora— manda hacer una ceremonia muy devota, en la cual las Hermanas prestaban obediencia a la Divina Pastora, reconociéndola como su abadesa perpetua. Aconseja a que las Hermanas «hagan la visita al Santísimo y examen particular en el coro» antes de comer.¹⁵ Y después de cenar irán «al coro para rezar el santo Rosario, ganar la indulgencia, hace el examen de conciencia y rezar algunas oraciones devotas». Y a las Hermanas legas les conmuta el rezo del oficio parvo por una serie de padrenuestros, repartidos en las distintas horas canónicas del día y recomienda que oren por los difuntos.¹⁶ Por tanto, según estos textos legislativos y cartas, queda bien de manifiesto que el P. Tous, conocía experimentalmente, apreciaba y recomendaba la oración vocal, tanto la litúrgica como la no litúrgica o devocional. Además nos quedan algunas oraciones compuestas por él, como la dedicada a San Antonio de Padua, cuando lo nombró protector del Instituto. Y la oración-elevación con la que termina las Constituciones (Cap. XIV), exhortando a las Hermanas a que las guarden

11. Const. Cap. VI; ROS, 332.

12. Const. Cap. IX; ROS, 334.

13. Const. Cap. IX, ROS, 333; Const. Cap. XIV; ROS, 337.

14. Const. Cap. XIII; ROS, 336.

15. Const. Cap. IV; ROS, 331, 345.

16. *Ibid.*; ROS, 331, 386.

para que «en lo cel alcancen la bendició del Altíssim Pare Celestial y en la terra sian plenes de la benedicció del seu estimat Fill, ab lo Santíssim Esperit consolador, al qual es honra y glòria, ara y per sempre. Amén». No hay duda pues que poseyó el primer grado de oración.

Veamos ahora si conocía, practicaba y recomendaba el segundo grado de oración, que es la meditación. En efecto en las constituciones asigna a sus religiosas dos horas diarias de meditación, en común, una por la mañana y otra por la noche e indica las condiciones y manera de hacerla con fruto. Dice: «Todos los días al levantarse por la mañana acudirán las Hermanas al coro con todo silencio y recogimiento para tener una hora de oración mental»; silencio y recogimiento que son la preparación próxima. «Después de rezadas las oraciones del Ave María y las letanías de todos los santos —preparación inmediata— la religiosa señalada por la prelada leerá la meditación distinta y devotamente con voz no muy alta, sólo para que sea oída de las que están en el coro... Concluida la lección, o si la superiora hace la señal para que deje de leer, apagará la luz o cerrará las ventanas del coro para hacer oración con todo sosiego y quietud, guardándose cuanto puedan de toser y también de suspirar, porque estas cosas y otras semejantes inquietan y perturban» —tenemos aquí la materia de la meditación y las cautelas para evitar las distracciones en la meditación en común—. «Por la tarde, después de completas digan las letanías de Nuestra Señora y se hará otra hora de oración mental como se ha dicho de la mañana».¹⁷

Los temas de la meditación serían varios, aunque el P. Tous sólo hace referencia concreta al «P. Molina» y a la «memoria y méritos de su dolorosísima pasión y muerte» —la de Jesucristo».¹⁸

Sin embargo los temas serían variados según las necesidades de las religiosas, porque recomienda vivamente la lectura espiritual, que es el pasto que alimenta la meditación u oración mental. Así ordena a las Hermanas como «muy conveniente, que empleen el tiempo que les quede desocupado en la lectura de libros espirituales, que tendrán en común para consuelo y provecho de sus almas».¹⁹ Y en la distribución de horas y ejercicios establece: «Después de comulgar se quedarán al

17. Ibid.

18. ROS, 338, 385.

19. ROS, 337, 348.

coro para dar gracias al Señor... (Luego) subirán a las celdas a componer las camas y hacer la lectura espiritual. Por esto tendrá cada Hermana uno o dos libros devotos... Ninguna podrá cambiar los libros con otra sin permiso de la superiora y ésta distribuirá los libros según la necesidad y espíritu de las Hermanas. Esto es, a las pusilánimes, libros que alienten y ensanchen el corazón; a las distraídas y poco recogidas libros un poco fuertes, que concentren el espíritu». Y para acertar en la distribución, la superiora «podrá tomar consejo del Padre Director espiritual del convento». Los libros «se leerán también en el refectorio, según voluntad y ordenación de la prelada» y las religiosas «guardarán silencio durante la comida, escuchando con devoción y atención la lectura espiritual».²⁰

Esta lectura espiritual servirá no sólo para nutrir la oración-meditación de las Hermanas, sino también para proporcionarles temas de conversación espiritual. Por eso luego recomienda que fuera de los lugares y tiempos de silencio, las Hermanas «hablen entre sí de Dios, de las vidas de los santos y de aquellas cosas que pertenecen a la salud del alma», lo que supone haber leído y escuchado la lectura de la meditación y del refectorio.²¹

A la maestra de novicias recomienda-ordena que mañana y tarde dé una conferencia a las novicias, «la plática espiritual, instruyéndolas en lo concerniente a la observancia de la regla y constituciones, en la oración mental; doctrina cristiana y urbanidad religiosa».²²

Y en la Circular a todas las Hermanas se lee: «Exhortamos a todas nuestras Hermanas que procuren inflamarse en el amor de Jesús en la santa oración, a unirse por amor al celestial esposo de las almas puras, para que unidas con el amable Jesús, que es rey pacífico, reine en todas vosotras la paz, la caridad y la santa unión» —evidentemente como frutos de la oración—. ²³ Y aquí vemos que ya se pasa a otros grados de oración; pues habla de inflamarse en el amor de Jesús en la santa oración y a unirse por amor al Celestial Esposo de las almas puras, lo que supone la oración afectiva —inflamarse— en la que predominan los afectos sobre el discursos del entendimiento, la cual no se puede medir por la intensidad de los consuelos sino por el perfeccionamiento

20. ROS, 345, 348, 386.

21. Const. Cap. XIV; ROS, 337, 386.

22. Const. Cap. XIV; ROS, 337.

23. ROS, 390.

de la vida, que en el P. Tous fue *increscendo* tanto en las virtudes cristianas, como en la rectitud de intención, la abnegación, el celo de las almas, el cumplimiento de los deberes de su estado y cargo de fundador y de director del Instituto, etc. Pero como habla de la *unión por amor*, supone haber pasado por los grados tercero de oración afectiva, cuarto de oración de simplicidad, quinto de recogimiento infuso —pues se dan en él algunas de las principales características psicológicas que suele presentar la contemplación infusa, como sentir la presencia de Dios en sí mismo, la invasión de lo sobrenatural en el alma, propia del sexto grado de oración —el de quietud— pues manda hacer la meditación «con todo sosiego y quietud» y observar el silencio «porque no se pierda la paz interior».²⁴ La *unión por amor* supone la oración de unión, que hace dar cuenta al que la tiene que la experiencia no ha sido producida por él; nota que las potencias del alma están ocupadas en Dios; tiene plena seguridad de que se encuentra bajo la acción de Dios; seguridad moral de estar en gracia de Dios e infabilidad de la experiencia mística. En cuanto a los grados octavo y noveno de oración, que suponen la enajenación de los sentidos —transitoria—, y confirmación en gracia y paz y quietud imperturbables, respectivamente, no tenemos constancia de que los alcanzara, aunque es probable, porque el argumento del silencio no es apodíctico, toda vez que estos grados de oración y las experiencias místicas que de ordinario los acompañan son inefables y suelen guardarse en secreto, a menos que se intenten consignar en un diario espiritual o el director espiritual los mande poner por escrito. No en vano para mantener el clima interior de oración y la presencia de Dios se dirige a sus religiosas diciendo: «Exhortamos a todas las Hermanas que sean exactas en los ejercicios devotos y deseosas de su aprovechamiento espiritual, y por esto, entre día, a lo menos al toque de las horas, después de rezada con devoción el Avemaría, procuren levantar el corazón a Dios haciendo una fervorosa jaculatoria y ofrecerle el trabajo u ocupación que tienen entre manos».²⁵ Y urge la observancia del silencio: «porque no se pierda la paz interior y el fervor de la devoción por la inquietud que resulta del mucho hablar». «Y en todo lugar acostúmbrense a hablar en voz baja.»²⁶

24. ROS, 331, 334.

25. ROS, 391.

26. Const. Cap. X; ROS, 334, 345.

Y recordando el antiguo principio espiritual de «Contemplata aliis tradere», en el último período de su vida, escribe a las Hermanas recordándoles que «son llamadas a la vida mixta de contemplación y acción, de trabajar y orar, de derramar en el tierno corazón de las niñas *los santos pensamientos y devotos afectos que Dios les ha comunicado en la santa oración*. (Pues) Este es el espíritu de la regla que las Hermanas han profesado». ²⁷ Y es que cuando un alma se ha inflamado en la oración y unido por amor (en lo que de ella dependa) al Celestial Esposo, el mismo fuego del amor y unión de Jesús impulsa irresistiblemente al alma a comunicar a los demás el bien que recibe de Dios en y por la oración. Por esto Santo Domingo de Guzmán hizo lema de su Orden de Predicadores el «contemplata aliis tradere» entregar a los demás las cosas que se han contemplado (sabido-experimentado) de Dios en la oración. El mismo ímpetu manifiesta Santa Rosa de Lima en sus escritos, cuando refiere que en una de sus visiones recibió un mensaje de Jesucristo: «Apenas escuché estas palabras experimenté un fuerte impulso de ir en medio de las plazas y gritar muy fuerte a toda persona, de cualquier edad, sexo y condición: Escuchad, pueblos, escuchad todos. Por mandato del Señor, con las mismas palabras de su boca, os exhorto». ²⁸ Y S. Francisco de Asís, lleno de amor de Dios y tras una profunda experiencia del mismo quería gritar por pueblos y plazas: ¡El amor no es amado!

Veamos ahora las gracias extraordinarias y místicas que conocemos del P. Tous vinculadas a su vida de oración y unión con Dios, mejor dicho, las que hemos podido rastrear, porque en estas ocasiones singulares de la vida espiritual, sucede que no son conocidos, porque en su humildad, el alma repite para sí como Isaías: «Mi secreto para mí, mi secreto para mí» (Is 24,16).

En primer lugar vamos a decir que todavía muy joven, sólo diez años después de haber sido ordenado, el obispo de Toulouse Pablo d'Astros, manifiesta que conoce al P. Tous desde seis años atrás y asegura en documento público que el P. Tous «por su pureza en la fe, integridad de costumbres y excelencia de virtudes eclesíásticas ha merecido la estima de todos, por cuyo motivo proclamamos al tal sacer-

27. ROS, 393.

28. Escritos autobiográficos de Santa Rosa de Lima, Liturgia de las Horas (23 agosto).

dote como muy digno que se le reciba en todas partes y se le admita a la celebración de la santa misa».²⁹ Tamaño elogio indica por una parte que el prelado le conocía bien y demuestra que la vida de oración del P. Tous era muy intensa, pues sin ella no es posible mantener *la pureza de la fe, la integridad de las costumbres y la excelencia de las virtudes eclesiásticas*.

Una de las gracias extraordinarias que le concedió el Señor, quizás la más visible y desde luego la más continuada, fue la discreción de espíritus en forma de dirección espiritual. Refiere la M. Teresa Tous, su sobrina, que el P. Tous: «En Toulouse, desempeñó el cargo de la dirección de las religiosas benedictinas de la Adoración Perpetua del Santísimo Sacramento. Estas religiosas estaban muy contentas de su dirección y buenos servicios que les prestaba el Reverendo P. José Tous; pues además de dirigir las en el camino de la perfección, era como capellán de la casa, corriendo de su cargo el celebrarlas la santa misa todos los días y leer públicamente en la iglesia las meditaciones ante Su Divina Majestad expuesto». En efecto, fue capellán y director de las referidas monjas, que por tener expuesto el Santísimo para la adoración dieron al P. Tous la oportunidad de pasar muchos ratos ante la custodia, en oración, y lo mismo al tener que leer las meditaciones correspondientes a los fieles varias veces al día. El clima en que se movía era pues un clima de auténtica oración ininterrumpida, lo que acrecentó sin duda su fervor en la santa misa, su deseo de unión con Dios y su devoción a la Eucaristía, asociándose a la Adoración Perpetua el 29 de agosto de 1842, motivo por el cual las benedictinas le regalaron el manual de dicha asociación de la Adoración Perpetua, intitulado: *Horas del Santísimo Sacramento* y cuando regresó a España se propuso extender dicha asociación en Barcelona.³⁰

La intensa oración suscitó en él un intenso celo apostólico, por el cual las benedictinas dicen que regresó a la patria, pues no hemos de olvidar que por entonces la descristianización en España era mucha, tras la exclaustación general de los religiosos, y que él tenía el título de predicador para toda la provincia capuchina de Cataluña.

Una vez hubo regresado a Barcelona continuó su apostolado espiritual de dirección de almas, tanto en Santa María del Mar, como en

29. ROS, 68.

30. ROS, 69.

Esparreguera, como en S. Francisco de Paula, donde fue «Padre espiritual y vicedirector —el director honorífico era el párroco, pero él cuidaba de todo— de la Pía Asociación de Doncellas devotas de la gloriosa niña y mártir Santa Romana, de la juventud femenina». Gracias a esta asociación y al confesonario que frecuentaba diariamente, acudieron a él un buen grupo de almas selectas de jóvenes en busca de consejo y aliento y a confiarle sus proyectos de vida religiosa y apostolado en aquellas difíciles circunstancias ambientales contrarias a la religión y a la vida religiosa. Entre ellas estaba la ex-novicia capuchina Isabel Jubal, que había estado en el convento de capuchinas de Pinto (Madrid), con la cual fundó en Ripoll el Instituto de Terciarias Capuchinas de la Divina Pastora, acompañándola en la fundación Remedio Palos, María Valdés y María Ana Mogas —que vino días después—, de todas las cuales el P. Tous fue director espiritual y sin duda confesor ordinario mientras estuvieron en Barcelona y ocasionalmente cuando las visitaba en Ripoll.³¹

Desde la fundación del Instituto y hasta el fin de su vida dedicó sus dotes de experimentado y prudente director espiritual a sus religiosas y al gobierno del Instituto, desde que en 1850 le nombrara director del mismo —a fuer de fundador— el obispo de Vic, Luciano Casadevall, «tratando a todas las religiosas con mucha caridad y dulzura hasta la muerte»,³² como atestigua la M. Filomena Vidal.

En efecto, la bondad y suavidad de carácter es una de las condiciones del buen director espiritual y que el P. Tous poseía en sumo grado, al estar animado con los mismos sentimientos de Cristo Jesús (Fil 2,5), el Buen Pastor, que iba en busca de la oveja perdida, por eso manifiesta al P. Serra que sus religiosas por medio de la enseñanza miran de que «las niñas que están a su cargo sean dignas ovejuetas de tan buena Madre y Pastora Divina...y no se salgan jamás del redil del Buen Pastor Jesucristo» (Ros, 222). Y como Cristo, no quiebra la caña cascada ni apaga la mecha humeante (Mt 12, 20), sino que tiene una mano a las hermanas «rebeldes» de Ciempozuelos, y por ello al mismo tiempo que con firmeza «espera —pide— que la M. Priora y las demás hermanas, reconocidas del error cometido, me darán competente satisfacción de todo lo ocurrido —con propósito de enmien-

31. ROS, 85-89.

32. ROS, 102.

da—, prometiéndome que no moverán pie ni cabeza sin licencia de sus superiores», se alegra de ver que han vuelto al buen camino, y así lo manifiesta al obispo Serra: «leí con satisfacción la buena noticia de haber entrado en razón las hermanas confesando el yerro grande que habían cometido obrando por si y ante si sin licencia de sus superiores... Gracias a Dios, todo se ha remediado, quedando vencido, por esta vez, el lobo infernal que quería cebarse con las ovejas de las Pastora Divina.»³³

Como buen padre espiritual acogía a sus dirigidas e hijas espirituales con inmensa bondad y con una paciencia inalterable; que atraían y fomentaban en ellas su confianza y obediencia. De ello es testigo ocular la M. Filomena Vidal, que como hemos dicho antes aseguró que el P. Tous había «tratado a todas sus religiosas con mucha caridad y dulzura hasta la muerte». Lo que supone virtud heroica, pues trata a *todas* y *siempre* («hasta la muerte») con mucha caridad y dulzura.

Junto a la bondad y suavidad de carácter tenía también el P. Tous otras cualidades que deben hallarse en el buen director espiritual, como son: una *intensa piedad* para comunicarla a sus dirigidas —pues nadie da lo que no tiene—. Por eso dice S. Juan de la Cruz, que el alma ha de mirar en qué «manos se pone, porque cual fuere el maestro, tal será el discípulo, y cual el padre, tal el hijo» (*Llama*, Canc. 3, n. 30). Lo cual dando la vuelta al argumento, diremos que la piedad de los discípulos e hijos demuestra la eminente piedad del maestro y padre, pues el discípulo no suele ser mayor que su maestro (Mt 10, 24-25). Y si el P. Tous dirigió a tantas religiosas, que murieron con fama de virtudes y hasta de santidad, como la venerable M. Mogas, debemos concluir que su piedad era intensa, pues de otra manera no hubiera estado capacitado para llevar a mayor altura a sus dirigidas. Sólo así se comprende que aquellas primeras fundadoras del Instituto y las que ingresaron después en él, acudieran a él en sus cuitas y dudas, porque hablaba en el mismo tono espiritual, se compenetraba en el acto con sus sentimientos, comprendía sus luchas y pruebas y se hacía cargo de sus dificultades. Y en la experiencia ajena se descubren los rasgos fundamentales de la suya propia. Y es que hay un conocimiento experimental de Dios y de las cosas divinas que ninguna ciencia adquirida puede substituir.

33. ROS, 244.

Por eso la *piEDAD ardiente* es la primera y más fundamental de las cualidades morales de un buen director espiritual, de la cual nace otra cualidad importante, que es el celo ardiente por la salvación de las almas. También tenía esta cualidad el P. Tous, pues aseguran las benedictinas de la Adoración Perpetua de Toulouse en sus crónicas que regresó a la patria «movido por su celo apostólico», que no es otra cosa que colaborar en la extensión del Reino de Dios sobre las almas. Por eso inculca a sus hijas que «el fin principal que debéis tener en todas las cosas es trabajar en la vida del Señor... para el bien de las almas que Dios quiera confiaros»³⁴ que es lo que hizo él durante toda su vida.

También tuvo *gran humildad*, necesaria en un director espiritual, primero porque Dios sólo y siempre da «su gracia a los humildes», y sus luces» a los sencillos y los oculta a los sabios y entendidos de este mundo» (Mt 11, 25). Por eso desconfía de sí, no es audaz para resolver irreflexivamente las dificultades de sus dirigidas, estudia, medita, ora, consulta cuando es necesario con otros más dotados o constituidos en dignidad (como los obispos de Barcelona, Vic y S. Antonio M^a Claret), toma toda clase de precauciones para asegurar el acierto en sus decisiones, y así para no intranquilizar a las religiosas llama a las de Barcelona lo que pasa con el abandono del asilo de Ciempozuelos y los intentos de fundación en Madrid, siempre teniendo en cuenta la responsabilidad contraída ante Dios y ante el prelado que le ha confiado la dirección del Instituto. Además la humildad atrae y cautiva y la reprimensión hecha con humildad se recibe con gusto y agradecimiento, por eso a imitación del Buen Pastor «manso y humilde de corazón» (Mt 11, 29) exhorta a las superiores de las casas del Instituto que en el capítulo de culpas corrijan a las Hermanas «con palabras breves, devotas y llenas de caridad...sin mostrarse enfadadas o decir palabras pesadas por grave que sea la culpa» (Const. Cap. IX).

Pero como buen director espiritual actúa siempre con *desinterés* y desprendimiento en el trato con sus hijas, amándolas no por las satisfacciones que puedan proporcionarle sino únicamente para llevarlas a Dios; por ello no le importa la gratitud o ingratitud de las almas que se le han confiado y acepta con serenidad que puedan alejarse de subdirección inmediata y ponerlas en manos de otro director experimentado, como hizo confiándolas al obispo de Daulia, Benito Serra y al tam-

34. ROS, 262.

bién benedictino Francisco Cañellas, igualadino como él y teniente de cura de S. Martín de Madrid, en cuya demarcación parroquial fundó su colegio-internado la M. Mogas. Por eso no les considera rivales o competidores ni teme que le «roben» a las hijas que conoce y dirige de tantos años atrás, sino que procura según sus luces e informaciones que estén bajo la dirección de un director sabio y prudente, a quien puedan consultar sin necesidad de cartas ni desplazamientos, porque lo que le interesa es el bien de las almas que le han sido confiadas y sabe que nadie puede pretender tener el monopolio o exclusiva en la dirección de las almas, cuya santificación, en último término es obra del Espíritu Santo mediante la gracia. Sencillamente las ama en Jesucristo (en sus cartas repite al despedirse: *Vuestro Padre, que os ama en el Señor* y os desea gracia y acierto en todo y la bendición de Dios)³⁵ «Vuestro Padre y servidor», «Vuestro Padre».³⁶

Y aunque a veces les pide oraciones, jamás son en beneficio propio sino de otras personas o del Instituto. Su norma era «trabajar en la viña del Señor únicamente para su mayor gloria y para el bien de las almas que Dios quiera confiaros».³⁷ De ahí su perfecto desinterés y desprendimiento en el trato con las almas, tan manifiesto, que la venerable Antonia M^a de Oviedo, no se retiene de decirle, como cosa de todos conocida, que está «tan lleno de buen sentido y tan despreocupado»,³⁸ despreocupado en el sentido de ser persona que no atiende las opiniones o habladurías generales, sino de las personas cualificadas por su ciencia, cargo y experiencia.

Por eso no es de extrañar que la Madre Francisca Vidal, escriba desde Capellades —en un momento que estaban sin párroco y el P. Tous enfermo en Barcelona— que «padecemos un total abandono en las cosas espirituales»³⁹ sin nadie quizás que les confesara y dijera misa diariamente, pero si por parte del clero de la población padecían abandono temporal de las cosas espirituales, no lo padecían del P. Tous, cuya dirección siempre tuvieron a través de la correspondencia y de las visitas periódicas. Por eso le dice en la misma carta a la M. Mogas:

35. ROS, 255.

36. ROS, 257-259.

37. ROS, 262.

38. ROS, 248.

39. ROS, 275.

«Nuestro Reverendo Padre me leyó la carta de Vuestra Reverencia». Y le dice que «el Señor la ha favorecido de un modo particular...dándole una buena dirección». Y sin duda pensando en el P. Tous, que tantos años había que las dirigía, añadía, sabiéndolo por experiencia propia: «que cuando se descansa en manos de un buen director todo se hace dulce». ⁴⁰ Así se alegraba, de que ya que en Madrid no podían tener a su lado al P. Tous, al menos tuvieran un director inmediato que las estimulara en su vocación. Lo que no sabía quizás la M. Vidal era que la M. Mogas había encontrado tan buen director gracias a los desvelos del P. Tous en buscárselo en la persona del benedictino Francisco Javier Cañellas, a quien conocía «por ser de su misma edad y natural de Igualada o porque le fue recomendado por el P. Serra, pues no en vano era benedictino como él, residía en la parroquia de S. Martín dirigida por benedictinos, en cuya demarcación parroquial fundó la M. Mogas y cuya dirección tuvo ella y su comunidad hasta su muerte y tras la muerte del P. Cañellas, substituido por el P. Sebastián Fernández, párroco de S. Martín.

Todas estas cualidades propias del buen director espiritual han de ser tan perfectas que por eso han escaseado siempre los buenos directores espirituales que como asegura S. Juan de la Cruz «apenas se hallará un guía cabal según todas las partes que ha menester» y que hay que escogerlo «uno entre mil» (*Llama*, Canc. 3, n. 30).

El P. Tous cumplió con las obligaciones del buen director espiritual. Por eso trabajó por conocer a fondo a sus dirigidas, su carácter, temperamento, inclinaciones buenas y malas, defectos, repugnancias, aficiones, fuerzas, capacidad, disponibilidad, generosidad, etc., además de su vida pasada, con sus luces y sombras, sus propósitos y progresos, sus disposiciones actuales y las dificultades que experimentaban en el camino de la virtud. Por eso a cada una le da lo que más le conviene o le ha de aprovechar. Por eso aconseja a la superiora, que cuando reparta los libros para la lectura espiritual ha de tener en cuenta «la necesidad y espíritu de las hermanas. Esto es, a las pusilánimes, libros que alienten y ensanchen el corazón; a las distraídas y poco recogidas libros un poco fuertes, que concentren el espíritu». ⁴¹

40. ROS, 275.

41. ROS, 386.

Además de conocer a sus dirigidas las instruye teórica y prácticamente con el fin de que formen una recta conciencia y puedan resolver por sí mismas sus propios problemas, al menos los de menor importancia. Así lo testimonia la M. Massana diciendo que «El P. Fundador se entretenía hablando a las religiosas, *dándoles profundas enseñanza sobre la vida espiritual y útiles consejos para llegar a la perfección religiosa.*»⁴² también resuelve dudas, ayuda a superar los escrúpulos (como veremos enseguida a la hermana conversa que no había tenido tiempo para rezar en todo el día), llenando a sus hijas de seguridad y paz, que tanto contribuyen al adelantamiento espiritual (de ahí que no comunicara a las hermanas de Barcelona lo que pasaba en Madrid con el abandono del asilo de Ciempozuelos y el traslado a la capital de las capuchinas hasta tanto no se hubieran solucionado los obstáculos, a fin de no intranquilizarlas).

El P. Tous también *estimuló* a sus dirigidas, pues no hay almas por más adelantadas que estén que no necesiten ayuda, sobre todo las de débil voluntad, desiguales, inconstantes, antojadizas, temerosas o apocadas, que sin el conveniente estímulo volverían atrás en el camino de la virtud o no adelantarían sin el aliento del director, que no es solo quien resuelve dudas, sino sobre todo un verdadero educador y maestro, que debe contribuir positivamente a la formación espiritual de las almas que se le confían. de ahí su aliento y estímulo sean constantes, infundiéndoles un sano optimismo —formado de la *confianza* en Dios y del desprecio de sí mismas— de que están llamadas a la perfección y que la alcanzarán sin duda si son fieles a la gracia, y a la búsqueda y cumplimiento de la voluntad de Dios. Por eso las anima a aprovechar las mismas faltas (caso de la huida de las Hermanas de Ciempozuelos a Madrid) para incrementar su vigilancia y exactitud en el servicio de Dios, en casos semejantes, un trato duro y áspero, cuando las almas necesitan apoyo, confianza y estímulo para seguir adelante sin desfallecer en la penosa marcha hacia el ideal, les podría hacer mucho daño. por eso se contenta con que le den explicaciones, no vuelve a hablar más del caso y como si no hubiera pasado nada, las exhorta a seguir el camino de perfección abrazado. Por eso nada les animó tanto a seguir como verse acogidas con inmensa bondad y misericordia, cuando creían

42. ROS, 393.

merecer una áspera reprensión del que consideraban representante de Dios. Pero éste no olvidó controlar su vida espiritual —mira que hagan ejercicios espirituales cada año, que no les falte confesor-director inmediato, que reciban los sacramentos, que guarden las reglas y constituciones, etc. —ni corregir sus defectos, pues como buen director espiritual sabe compaginar la suavidad y dulzura de su trato con el deber de reprender y corregir los defectos del alma dirigida, y por eso no deja de llamar a los hechos por su nombre. Y cuando las Hermanas de Madrid abandonaron Ciempozuelos sin permiso de nadie, dice al obispo de Daulia «la pena que me causó el saber que se marchaban las Hermanas del Asilo sin consentimiento de sus superiores, puesto que por esta sola acción se declaraban y constituían apóstatas de la Orden e indignas de pertenecer al Instituto de la Divina Pastora».⁴³ Lo cortés no quita lo valiente, como la suavidad y dulzura no están reñidas con el deber de corregir las faltas. pero aún en la misma corrección usa palabras suaves, pues en vez de decir que las Hermanas han pecado contra el voto de obediencia, habla de «error cometido», de «yerro grande» y de «modo de proceder» de esas —a pesar de todo, porque las conoce y las ama y al fin son sus hijas— buenas Hermanas».⁴⁴

También el P. Tous tuvo otras dos cualidades exigibles al buen director espiritual, la de hacer su *dirección progresiva y acomodada* al grado de virtud de las Hermanas, así como a su temperamento, edad, salud y demás circunstancias, a imitación de S. Pablo que no le imponía a nadie cargas insoportables (1 Cor 3, 2, Cf. Mt 23, 4), procediendo siempre con energía y firmeza y al mismo tiempo con suavidad y paciencia, evitando por igual la negligencia y la flojedad. también supo guardar el *secreto* sobre las confidencias que le hicieron sus dirigidas e hijas, aún las recibidas sin carácter de confesión, pues las almas suelen llevar muy mal las indiscreciones, que siempre hacen perder la confianza en el director. Sólo en una ocasión y con el único fin de hacer brillar la verdad y defender a sus hijas, manifestó a quien debía (el obispo de Daulia) algo que siempre había callado y que evidentemente sabía por otros conductos que no eran ni la confesión ni la confidencia secreta de sus religiosas. A saber, que cuando éstas abandonaron el pue-

43. ROS, 244.

44. ROS, 244.

blo de Ripoll lo hicieron con el debido permiso, pues «no lo dejaron sin haber obtenido antes la licencia del obispo diocesano —que según los cánones era mayor autoridad que el P. Tous—, no habiendo podido obtener la mía».⁴⁵ Así aclaraba la verdad del abandono de Ripoll por parte del Instituto y salvaba la actuación de las Hermanas.

Así pues el P. Tous tuvo las cualidades morales comúnmente exigidas para ser buen director espiritual, a saber: *piEDAD, celo ardiente, bondad de carácter, humildad y desinterés total* en el trato con las almas y todo de una manera continuada e igual, sin cambios bruscos ni dejación de obligaciones, combinando admirablemente la instrucción y el estímulo, con la corrección y control, la exigencia gradual con la suavidad y dulzura, haciéndose todo para todos, como el Apóstol S. Pablo (1 Cor 9, 22).

Tenemos diversos testimonios de su prudente dirección espiritual. Por ejemplo, aconseja a la M. Mogas (16 de junio de 1868) en relación con la posible aceptación del colegio de las Comendadoras de Madrid: «Ya sabe V. Reverencia que para estas cosas se necesita mucha calma y presencia de espíritu, pidiendo continuamente a Dios la gracia para un feliz acierto en saber hacer y cumplir su voluntad santísima. El fin principal que debéis tener en todas las cosas es el trabajar en la viña del Señor únicamente para su mayor gloria y para el bien de las almas que Dios quiera confiaros. Constancia, pues, hermana mía, y no tema que todo os saldrá conforme con los designios de la Providencia divina. Dios ya sabe lo que os conviene, por tanto a él debéis acudir con mucha confianza; y si pedís bien y con fe y confianza alcanzaréis los que pidierais».⁴⁶

Y en otra parte: «Todo cuanto hará relativo a lo sobredicho (la fundación en Madrid) hágalo según Dios le inspire con el mérito de la santa obediencia».⁴⁷

Este texto es una verdadera lección de dirección espiritual sobre las inspiraciones divinas, en las cuales el P. Tous se muestra un consumado maestro. Manda a la M. Mogas que haga «según Dios le *inspire*». Y Dios inspira cuando da al alma luces interiores, impulsos, invi-

45. ROS, 158.

46. ROS, 261-262; ZARAGOZA, 89.

47. ROS, 265; ZARAGOZA, 92.

taciones, etc. producidos tanto directamente como indirectamente —por lecturas, conversaciones, predicación, etc.— para moverla, iluminarla o atraerla hacia sí para facilitar la perfección de la virtud o la salvación en un pecador no convertido.

Las inspiraciones divinas forman parte de la misteriosa actividad reservada al Espíritu Santo en la vida de las almas. Pero exigen un sincero compromiso de secundar dichas inspiraciones, eliminando los obstáculos que puedan impedir su ejecución. De ahí que el P. Tous, director espiritual de la M. Mogas más de 20 años y por ello conociéndola muy bien, temiendo que las dificultades la amilanen y que por ellas la acción divina sufra retraso con las consiguientes consecuencias negativas para el caso, le manda que las siga por la «santa obediencia», que al tiempo que reforzará su voluntad para poner en práctica lo que Dios le inspire por dificultades que encuentre, acrecentará su mérito con un nuevo título, el del voto de obediencia.

Pero exige que la inspiración de Dios sea acogida y secundada «*hágalo según Dios le inspire*», pues sabe que se camina hacia la santidad en proporción a la fidelidad con que uno se deja conducir por el Espíritu Santo, guía seguro y artífice de la santidad. Y sólo dejándose conducir por las inspiraciones divina las acciones del alma bajo la acción del Espíritu Santo se convertirán en obras de Dios. Pero para ello el P. Tous exige la fidelidad incondicional y perenne a las inspiraciones divinas, lo cual demanda el alma unas condiciones intelectuales, que ya supone en la M. Mogas, como son la *humildad*, que sabe abandonar los criterios y valoraciones provenientes de motivos puramente humanos por seguir los criterios de Dios, manifestados en las mociones del Espíritu Santo, y no cerrar la mente al influjo de la gracia; y *advertencia* para discernir la acción de Dios de la del demonio, que puede transformarse en ángel de luz, y evitar caer en ilusiones.

Todas estas condiciones intelectuales las supone el P. Tous en la M. Mogas, pero como la conoce bien, insiste en las condiciones de la voluntad, como son la docilidad para secundar las inspiraciones de Dios mandándole pedirle «para un feliz acierto en saber hacer y cumplir su voluntad santísima». Y constancia para no interrumpir o frenar la acción divina, para llegar en palabras de S. Pablo: pleno conocimiento de su voluntad (la de Dios) con toda sabiduría e inteligencia espiritual y a caminar según el Señor se merece, a plena satisfacción suya, dando frutos en toda obra buena» (Col 1,9-10).

Además de estas condiciones intelectuales que supone en la M. Mogas y de las condiciones de la voluntad que le recuerda, exige otras condiciones morales, como son la *pureza de intención y de afectos*, recordándole que deben «trabajar en la viña del Señor, únicamente para su mayor gloria y para el bien de las almas que Dios quiera confiaros». En efecto, así como el sol no atraviesa un cristal sucio o empañado, así tampoco Dios penetra en un alma que persigue otros intereses que no sean los suyos. Otra condición moral que recomienda el P. Tous es la *vigilancia* en forma de *recogimiento interior* para advertir la presencia de Dios y poder oír su voz, cuando dice que para «estas cosas se necesita mucha calma y presencia de espíritu», que equivale a entrar en uno mismo, en interiorizar la vida, condición indispensable para gozar del encuentro con Dios y de sus comunicaciones, unas de las cuales son las inspiraciones divinas enviadas al alma por el Espíritu Santo. Resumiendo, el P. Tous enseña cómo se han de seguir las inspiraciones de Dios por el Espíritu Santo: con las condiciones intelectuales de *humildad y advertencia*; con las condiciones de la voluntad, docilidad y constancia; con las condiciones morales de *pureza de intención y recogimiento interior*.

Cuenta también la M. Eulalia Feixes, testigo auricular del caso, que el P. Tous: «Aunque quería que reinase siempre la más exacta observancia, compadeciese de sus hijas y dispensaba de las obligaciones de la regla cuando le parecía que estaban sobrecargadas de trabajo. Un día presentóse a él una Hermana (conversa) y le dijo que a causa de sus muchos quehaceres se había encontrado por la noche sin haber podido rezar ninguna parte del oficio o su equivalente de padrenuestros; a lo que le respondió el Padre: Mira, cuanto esto te acontezca, sin culpa tuya, llegada la noche rezas un padrenuestro y te acuestas; y esto te valdrá por todos los rezos que no pudiste hacer durante el día», convalidados por la caridad y ahora por la obediencia. Así, con semejante sencillez, evitaba los escrúpulos de una Hermana, por otra parte entregada totalmente en aquella ocasión al servicio de la comunidad.⁴⁸

Esto por lo que se refiere a su discreción de espíritus, en la dirección espiritual, rebosante de experiencia y prudencia, que con la sabiduría, son las tres cualidades imprescindibles para un buen director espiritual. El bien que haría en las almas, comenzando por las de su

48. ROS, 293.

familia, como lo manifestaron sus hermanos Nicolás y Francisco al Sr. Obispo de Barcelona para que suspendiera el traslado del P. Tous a Vilassar de Dalt en 1850, diciéndole: «Temblamos solamente al considerar que puede faltarnos la compañía de nuestro Rvdo. Padre José... (pues) no ignora V.E. cuánto pesa entre familia el dictamen de un miembro de ella sacerdote por su desinterés y por su carácter.»⁴⁹

El aprecio de su compañía, dictamen y carácter era también general en las religiosas de su Instituto y entre sus demás amistades y dirigidos. El bien que hizo a sus almas no se puede contabilizar, sólo Dios en el cielo lo sabe. Nosotros suponemos que fue mucho el bien que hizo por su celo y por los resultados de su obra para la cual supo captar numerosas vocaciones.

Pero pasemos ahora a examinar algunas gracias extraordinarias que el Señor le concedió. Cuando las difíciles circunstancias obligaron al Instituto a dejar Ripoll, el P. Tous recurrió a la oración para que el Señor se dignara manifestarle el lugar donde habían de establecerse sus religiosas. Tratólo también con su fiel amigo el capuchino P. José de Alpens y con sus familiares, pero sobre todo no dejó de pedirlo a Dios en la oración. Y Dios le respondió indicándole el lugar exacto donde las quería. Así lo cuenta la venerable M. María Ana Mogas: «Estando este Padre celebrando el santo sacrificio de la misa en el día del santo Ángel de la Guarda (2 de octubre) del año 1858, pidiendo en el memento al Señor le diera a conocer en dónde quería se estableciese dicha fundación, que con tanta dificultad existía en Ripoll, oyó una voz que decía: En Capellades.»⁵⁰ Lo mismo atestigua la M. Teresa Tous, su sobrina: «Hacía fervorosas súplicas acompañadas de penitencia para que el Señor le inspirase el punto que le fuese más agradable para establecer dicha comunidad. Dios Nuestro Señor, que oye las plegarias de los que con fe y confianza le invocan, atendió a las del Reverendo Padre, y un día, mientras celebraba el santo sacrificio de la misa en el oratorio de Ripoll... oyó una voz del cielo, que por tres veces le dijo: En Capellades, en Capellades, en Capellades.»⁵¹

49. ROS, 84.

50. S. EIJÁN, *Vida de Sor María Ana Mogas*, (Santiago de Compostela 1928); F. VIDAL, *Relación histórica del Instituto de las Hermanas Capuchinas de San Francisco*, bajo el título de *la Divina Pastora*, f. 15r.; ROS, 163.

51. J. ESTERAS, *El venerable Padre Claret y las religiosas de la Divina Pastora*, 3ª ed., 11.

Mas como es propio de las personas espirituales no fiarse a primera vista de lo que se les comunica de una manera sobrenatural, temiendo no sea ilusión suya, el P. Tous comunicó el caso de la situación de sus religiosas en Ripoll y la necesidad de trasladarlas a otra parte con S. Antonio M^a Claret, santo y amigo de su familia, que por su experiencia y prudencia podía aconsejarle sobre el lugar apropiado para sus religiosas. «Después de hablar un rato con él, prometiéndole el santo arzobispo que a Dios lo encomendaría y que volviera dentro de poco para en definitiva resolver. Volvió el Padre (Tous) sin tardar y el Venerable Padre Claret le aseguró en esta segunda entrevista, que era voluntad de Dios trabajara por una obra que había de redundar en la gloria divina y en la salvación de las almas. Díjole a su vez al P. Tous que cuantas veces se había puesto a encomendar a Dios el asunto y a preguntarle si la obra había de seguir y dónde se podrían establecer, otras tantas veces le había parecido oír una voz interior que le decía: En Capellades...! En Capellades...!»⁵²

Así confirmada la veracidad de la voz sobrenatural que en el momento de la misa del 2 de octubre de 1858 celebrada en Ripoll le había indicado el lugar del traslado de la cuna del Instituto: Capellades. Dice el texto que el santo arzobispo le animó a trabajar por el Instituto «porque era voluntad de Dios que trabajara por una obra que había de redundar en la gloria de divina y en la salvación de las almas». Lo cual supone que se había pensado quizás en la unión a otro Instituto, pues por este tiempo la M. Mogas había ido a Vic, parece que para intentar fusionarse con las Dominicas de la Anunciata y tratar de ser substituidas en Ripoll por las Carmelitas de la Caridad, que como quería el Ayuntamiento de aquella población se hicieron cargo de la enseñanza de niñas y del hospital municipal.

Sea lo que fuere, lo cierto es que el P. Tous con las palabras de S. Antonio M^a Claret vio confirmada la voluntad de Dios sobre la continuidad del Instituto y la veracidad de la locución divina de que el traslado se había de realizar a Capellades, como se hizo con éxito en diciembre del mismo año y donde sus hijas perduran hasta hoy. En adelante ya no dudará más el P. Tous de la continuidad del Instituto, por dificultades que se le presenten, como de hecho se le presentaron

52. ROS, 163-164.

en el abandono de Ciempozuelos por parte de la M. Mogas y la fundación de Madrid.

Este hecho extraordinario, como es una locución sobrenatural externa en él e interna en S. Antonio M^a Claret, demuestra que el P. Tous acostumbraba a recurrir a la oración propia y ajena para conocer la voluntad de Dios en las decisiones importantes, sin olvidar el consejo de quienes podían ayudarle. Demuestra también que ésta no fue la primera gracia extraordinaria que le hizo el Señor, pues acude a la oración para conocer la voluntad divina, porque sin duda Dios se la había manifestado en otras ocasiones. Aunque no conociéramos esta gracia —como no conocemos otras que debió hacerle Dios, si sus religiosas no le hubieran preguntado el porqué de su traslado precisamente a Capellades, y no lo hubieran consignado en sus relatos de la fundación del Instituto.

Venimos hablando de gracia sobrenatural al hablar de esta locución divina en los casos del P. Tous y del P. Claret, pero debemos indicar que se trata de una gracia *gratis dada* puesto que no es para provecho propio sino de otros. En este caso para las religiosas capuchinas y en último término para provecho y bien de las futuras alumnas del instituto y para la Iglesia. Las *gracias gratis* dadas se ordenan a instruir al prójimo en las cosas divinas para tener un conocimiento pleno de ellas, o de alguna de ellas.

Según S. Pablo (1 Cor 12, 7-11) son gracias *gratis dadas*: la fe sobre los principios; palabra de sabiduría, sobre las principales conclusiones; palabra de ciencia, sobre los ejemplos y efectos; curaciones y milagros, profecía y discernimiento de espíritus.

El P. Tous tuvo —además de como virtud teologal reforzada por la confianza plena en Dios— una fe extraordinaria que consiste en una certeza sobreeminente, que hace capaz a quien la posee de proponer y persuadir a los demás las verdades que en ella enseña. Y el P. Tous no solamente persuadió eficazmente a sus numerosas dirigidas en la fe, sino también a quienes llegó su palabra —no en vano su Orden le nombró predicador de toda la Provincia Capuchina Catalana—, pues tenía también la gracia de la *palabra de sabiduría* —además de como don del Espíritu Santo que permite saborear-gustar-experimentar las cosas divinas—, que consiste en la aptitud para comunicar a los demás mediante la palabra lo experimentado-saboreado sobrenaturalmente, de manera que instruya, deleite y conmueva profundamente, la que se iden-

tífica con el don de apostolado —que el P. Tous fue directo con la dirección espiritual, confesionario y predicación, e indirecto a través de las religiosas de su instituto en las niñas educandas y en sus familias.

De ello tenemos testimonios bien claros, pues sabemos que predicó en Italia, Francia y España y cuenta la M. Cruz Massana que «El P. Fundador se entretenía hablando a la religiosas, dándoles profundas enseñanzas sobre la vida espiritual y útiles consejos para llegar a la perfección religiosa».⁵³ Y no sólo eso, sino que exhortaba a las Hermanas «a derramar en el tierno corazón de las niñas los santos pensamientos y devotos afectos que Dios les ha comunicado en la santa oración».⁵⁴

Tenía el P. Tous la gracia extraordinaria de palabra de ciencia, que propone y hace gastar al alma las verdaderas divinas por medio de razonamientos, que muestran su armonía y su belleza, y por medio de analogías y ejemplos tomados de la naturaleza, que ayudan a entenderlos. Así vemos como el P. Tous frecuentemente usa el símil de las ovejas para aplicarlo a las niñas, diciendo que las Hermanas han de «recoger las ovejas descarriadas para que vayan en seguimiento del Pastor Divino».⁵⁵ Y también lo aplica a las religiosas, cuando escribe al obispo de Daulia, tras el reconociendo por parte de la M. Mogas y sus compañeras del error de haber ido a Madrid sin el permiso de dicho obispo, que por ello «ha quedado vencido el lobo infernal, que quería cebarse con las ovejuelas de la Pastora Divina».⁵⁶

Se trata evidentemente de la gracia extraordinaria de palabra de ciencia, que faculta para comunicar y demostrar las verdades de fe, de manera que los más rudos puedan entenderlas y retenerlas. Advirtamos que las gracias de sabiduría y ciencia son dones del Espíritu Santo cuando aprovechan principalmente al receptor y son *gracias gratis* dadas cuando aprovechan al prójimo.

Una de las gracias más extraordinarias entre las gratis dadas es la de profecía, que también tuvo el P. Tous, aunque no tuviera conciencia de ella, pues en carta del 18 de octubre de 1865 escribe el obispo de Daulia: «Todo el contenido de su carta me hace concebir una gran con-

53. ROS, 201.

54. ROS, 393.

55. ROS, 222.

56. ROS, 245.

fianza de que nuestras Hermanas son elegidas por la Divina Providencia para conducir almas al rebaño de la Divina Pastora, estableciéndose en varios pueblos y ciudades de la Península»,⁵⁷ como sucedió, siendo de notar que en aquel momento el Instituto sólo tenía tres casas. Esto demuestra el conocimiento intelectual sobrenatural y la manifestación de este conocimiento como impresión trascendente en el tiempo. Sin embargo debemos decir que el conocimiento de los futuros contingentes es propio de Dios y Dios lo revela a veces por simple iluminación del entendimiento, lo que no siempre se hace con abstracción de los sentidos.

El carisma o gracia gratis dada de la discreción de espíritus afecta directamente a la gracia extraordinaria de profecía, que en la Iglesia antigua iba junto con ella. La discreción de espíritus distingue lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo, las inspiraciones de Dios y los engaños del diablo, las mociones de la gracia de los simples movimientos de la naturaleza, cosa que tuvo el P. Tous en su faceta de director espiritual, como hemos visto más arriba. Pero la expansión de la luz sobrenatural para poder ejercer el discernimiento pide tranquilidad de alma y paz interior, como se lo manifiesta el P. Tous a la M. Mogas al decirle que para conocer la voluntad de Dios sobre la aceptación del colegio de las Comendadoras de Madrid: «se necesita mucha calma y presencia de espíritu, pidiendo continuamente a Dios la gracia para ...saber hacer y cumplir su voluntad santísima».⁵⁸ Y según el célebre teólogo P. Suárez, este don es patrimonio casi exclusivo de la santidad encumbrada, aunque siempre como hecho accidental y no habitual.

Desconocemos si el P. Tous tuvo también las gracias de curaciones, milagros y don de lenguas y su interpretación. Pero sí sabemos que tuvo las gracias extraordinarias de discernimiento de espíritus—dirección espiritual—; fe extraordinaria, palabra de sabiduría y ciencia, y profecía, dentro de la cual hay que clasificar el fenómeno cognoscitivo de la *locución*, que generalmente se aplica al lenguaje articulado percibido por el oído corporal del oyente, pero por extensión y analogía también al entendimiento e imaginación.

La voz que oyó el P. Tous que le indicaba «Capellades» fue sin duda una voz interior, pues aunque él dijo que «oyó una voz», sin es-

57. ROS, 226.

58. ROS, 261; ZARAGOZA, 89.

pecificar, la M. Teresa Tous, dice «oyó una voz del cielo», lo que parece indicar lenguaje articulado percibido por el oído corporal, a diferencia de S. Antonio M^a Claret, del que se dice que «oyó una voz interior», que resonaría en el entendimiento o imaginación, sin concurso de los sentidos externos o internos, pero formal, porque la percibe el entendimiento como viniendo claramente de otro, sin hacer nada de su parte, y sustancial porque tiene eficacia soberana para producir en el alma lo que significan las palabras o mensaje, que es el caso del P. Tous, que tras oír: «Capellades» sintió paz, seguridad y certeza respecto a la ubicación de la casa noviciado del Instituto. Efectos tan sobrenaturales e instantáneos, que superan toda potencia humana y diabólica, y por eso no cabe en ellos error o ilusión, y menos cuando su locución fue confirmada por Dios por otra locución sobrenatural idéntica, la que tuvo S. Antonio M^a Claret.

Sospechamos que el P. Tous tuvo otra locución o iluminación interior cuando comenzaron las obras de la casa de Capellades, pues nombró «Protector del Instituto» y titular de la nueva iglesia que se iba a construir. De hecho, es curioso y digno de ser notado que eligió a este santo y no a otro u otra advocación franciscano-capuchina como titular de la iglesia de la casa más importante del Instituto (como segunda cuna del mismo y noviciado que era) y que eligiera la fiesta de dicho santo, 13 de junio de 1859, para poner la primera piedra del edificio del nuevo convento e iniciar las obras, tras recitar el P. Tous la oración al santo que el mismo había compuesto para sus religiosas. Dicha oración, que se conserva autógrafa, dice así: «Glorioso S. Antonio de Padua, nosotras indignas siervas del Señor e hijas del gran Patriarca Padre San Francisco, humildemente pedimos os dignéis admitirnos bajo vuestra protección y amparo. Dignaos, pues, ¡oh prodigioso santo!, aceptar la solemne promesa que os hacemos, en nombre de todas las Hermanas ahora presentes y de las que serán en lo venidero, de servirnos como a nuestro Patrono y abogado ante el trono del Altísimo Dios. Nosotras os prometemos dedicarnos a vuestro culto y veneración en la nueva casa que vos mismo nos edificaréis, venerando vuestra santa imagen que colocaremos en el altar mayor, tomándoos desde ahora por titular de aquella nueva iglesia y por Patrón de esta pobre comunidad para siempre durante nuestra vida. Amén.»⁵⁹

59. ROS, 175.

Esta dedicación del Instituto y de la titularidad de la iglesia del nuevo convento-colegio de la Divina Pastora, nos hace pensar más que en la protección pedida y esperada del santo protector de los obreros de la construcción —en Cataluña— en alguna gran gracia recibida, en agradecimiento de la cual el P. Tous dedicó al Santo de Padua dicha iglesia y puso bajo su protección el Instituto entero, entonces aún muy pequeño.

Otra de las gracias extraordinarias que Dios concedió al P. Tous fue la de morir mientras celebraba la santa misa. Como si inconscientemente lo presintiera —forma que está incluida en la gracia de profecía— el día 27 de febrero de 1871, según refiere la M. Eulalia Feixas, testigo presencial del hecho, el P. Tous llegó como cada día al colegio de la Divina Pastora de la plaza de Junqueras, pero algo más pronto y con alguna prisa, pues indicó a la hermana portera que llamara enseguida a las internas porque quería comenzar la celebración eucarística cuanto antes. Así lo hizo la religiosa, mientras el P. Tous se revestía de los ornamentos sacerdotales morados —pues era tiempos de cuaresma— y cuando sus sobrinos Francisco Tous y Bartolomé Costas, de 9 y 10 años respectivamente, llegaron puntualmente como cada día para ayudarle la misa, encontraron que el P. José ya estaba revestido para celebrar. Comenzó la misa con el usual fervor y unción, y cuando levantaba su mano para bendecir la oblata antes de la consagración, se inclinó y cayó desplomado sobre la tarima del altar,⁶⁰ entregando el alma a Dios al tiempo de bendecir la oblata. Esto fue sin duda una gracia extraordinaria que le hizo Dios —raramente oída en la vida de los santos— de que muriera diciendo misa y por tanto revestido de los ornamentos sacerdotales, lo que impidió que su cuerpo fuera manipulado, pues los mismos ornamentos le sirvieron de mortaja. Este hecho es sin duda una prueba de la predilección de Dios, que es admirable en sus santos, y de Cristo, que es la corona de todos los santos, por los cuales Dios «manifiesta al vivo entre los hombres su presencia y su rostro, pues son signos certísimos de su amor y de su reino, al cual somos poderosamente atraídos con tan gran nube de testigos», como asegura la Constitución *Lumen Gentium*, n. 50, del Concilio Vaticano II.

Resumiendo, decimos que el P. Tous tuvo sino todos, casi todos los grados de oración, por la cual Dios le concedió gracias extraordi-

60. ROS, 287-288.

narias; entre las más destacadas y continuadas la discreción de espíritus, la de palabra de sabiduría y palabra de ciencia, la de fe y profecía, con los fenómenos místicos extraordinarios de locución, conocimiento del futuro y muerte santa celebrando la eucaristía. No sabemos mucho más, pero como las llamaradas muy fuertes indican un gran fuego, estas pocas gracias extraordinarias son indicio de la existencia de otras que nos son desconocidas, y que suponen una intensa y perseverante vida de oración, y al mismo tiempo una gran predilección del Señor para con el P. Tous.

Fama de santidad del P. José Tous y Soler

La santidad perfecta o perfección cristiana es la completa realización de la vida cristiana, obtenida con el logro total de su fin, el cual sin embargo, sólo será definitivo más allá de las fronteras del tiempo.

La santidad cristiana ha sido presentada siempre por el magisterio de la Iglesia como la máxima expresión de amor en la línea marcada por la revelación del Antiguo Testamento y Nuevo Testamento. Tiene empero siempre dos vertientes: el amor a Dios, expresado en la vida interior, la oración y la aceptación de la voluntad de Dios, y el amor al prójimo en sus diversas realizaciones concretas.

Los que han tenido contacto con cristianos perfectos, santos *in quantum potest in hoc mundo*, manifiestan en sus palabras y escritos la opinión de santidad en que los tenían, pero no siempre usan la palabra santo, sino otras equivalentes, como muy virtuoso, ejemplar, edificante, etc. Es lo que sucede en el caso del P. Tous. Su fama de santidad es manifestada por quienes le conocieron y trataron, familiares, amigos, compañeros de hábito y de ministerio, obispos, venerables, religiosas, etc. Podemos decir con verdad que la fama de virtud del P. Tous fue *semper et ubique* muy notoria, como veremos por los testimonios que a continuación vamos a aducir, que sin duda alguna no son todos los que existieron, pero sí son los que tenemos por escrito, por cierto la mayor parte de ellos de personas constituidas en dignidad y gobierno, pero también de las personas de su entorno ministerial. Le califican todos de virtuoso, piadoso, ejemplar, celoso, de toda su veneración y afecto, etc. Pero antes digamos de una vez por todas que no consta testimonio alguno que contradiga ni grave ni levemente las opiniones

afirmativas de su virtud o santidad. Y esto de una manera positiva, y no sólo por la inexistencia de testimonios contrarios, pues el P. José de Alpens, capuchino como él y condiscípulo, que le sobrevivió, asegura: «No creo tuviera a nadie agraviado.»⁶¹

Y vamos ya a los testimonios concretos por orden cronológico, de personas de muy distintos lugares y condiciones.

No tenemos testimonios de fama de santidad durante su infancia, pero sí tras su ingreso en la Orden Capuchina. Así su sobrina la Madre Teresa Tous asegura que desde el principio «se portó de modo muy ejemplar y edificante»⁶² y su condiscípulo el P. José de Alpens afirma: «Ya en el convento era considerado como muy virtuoso, puesto que los superiores diéronnoslo por compañero a su hermano Fray Nicolás de Igualada y a mí para hacer el viaje a pie desde Sarriá a Olot. Cumplió exactamente su cometido.»⁶³ Estamos en 1832 y el P. Tous tenía 21 años, lo cual manifiesta que ya tenía fama de santidad desde joven, pues las palabras virtuoso, ejemplar y edificante se refuerzan con el muy, lo que significa que eran tan notables como conocidas.

Lo mismo afirman sus compañeros de hábito y de destierro en 1835, al contarnos el R. P. Juan Bta. Pruna de Arenys de Mar, que en cierta etapa del camino del destierro, aunque él no había acabado su dinero y por tanto podía tomar un medio de transporte más cómodo, «a fuer de buen compañero no quiso dejarles y se conformó a caminar a pie».⁶⁴

Años más tarde, tras seis años de ministerio sacerdotal en Toulouse como capellán del monasterio de Benedictinas de la Adoración Perpetua, el arzobispo Pablo d'Astrós, en documento público y de manera solemne, dice: «Atestamos y certificamos que nuestro dilecto en Cristo, José Tous, presbítero español... por su pureza de fe, integridad de costumbres y excelencia de virtudes eclesiásticas ha merecido la estima de todos, por cuyo motivo proclamamos al tal sacerdote como muy digno de ser benignamente recibido en todas partes y admitido a la celebración de la santa misa.»⁶⁵ No se puede hacer un elogio más acabado de la santidad del P. Tous, implícito en su pureza de fe, integri-

61. ACMDP, *Memorias. Relación histórica*, (1900), f. 6; ROS, 293.

62. ACMDP, *Memorias. Relación histórica*, (1900), f. 6; ROS, 292 e *Itinerarios del P. José Tous y Soler (1811-1871)*, (Barcelona 1988), 18.

63. ACMDP, *Memorias. Relación histórica*, (1900), f. 4; ROS, 44.

64. *Ibid.*, ROS, 66.

65. ACMDP, *Licencias ministeriales*; ROS, 68, Ap. III.

dad de costumbres y excelencia de virtudes eclesiásticas, que le había merecido la estima de todos y que era muy digno de ser recibido en todas partes y admitido a la celebración de la Eucaristía. Todas estas palabras indican claramente —no olvidemos que cuando se escribieron en 1842 aún vivía el P. Tous y a él se había de entregar el escrito— la opinión de cristiano, religioso y sacerdote perfecto en que le tenía su obispo. Sin duda, si el documento hubiera sido un informe secreto hubiera sido más elogioso para el P. Tous, pues la presencia del interesado aminora siempre, según costumbre cristiana para no lesionar su virtud de la humildad, los elogios aún los más merecidos. Con lo que concluimos, que si tanto dijo en documento público en favor de la fama de santidad del P. Tous, más hubiera dicho en documento secreto, si hubiera habido lugar a dar su opinión sobre dicho Padre. Es lo que sucede con el documento interno de las benedictinas del monasterio de Toulouse, como es la crónica del monasterio (1845 ?), donde la cronista de turno escribió: «Fue nuestro capellán, muy asiduo y muy devoto. El nos ayudó en nuestra penuria espiritual y nos edificó con su exactitud y con su piedad. Se llevó consigo nuestros afectos, cuando su celo le empujó a regresar a Barcelona».⁶⁶

Otra vez encontramos los términos elogiosos de virtud y perfección cristiana ponderados con el repetido muy, lo cual indica que eran fuera de lo común, tanto su asiduidad (constancia) y devoción, como su *ayuda espiritual, exactitud, piedad y el celo apostólico* que le empujó a regresar a Barcelona, los cuales edificaron a las monjas durante los seis años que fue su capellán. Este texto nos muestra cómo ellas le tenían por santo, ya que el sobresalir del común de los cristianos del propio estado —en este caso de sacerdote y religioso— por su virtudes que edifican a todos, es característica de la santidad canonizable.

También sus familiares le tenían por muy virtuoso. Así lo asegura el P. Alpens, que le llama «santo religioso» y sus hermanos así lo manifiestan cuando escriben al obispo de Barcelona que le había nombrado coadjutor de S. Ginés de Vilassar de Dalt (1850), pidiéndole que tenga la ejecución del nombramiento, pues tras la muerte de su padre, les es necesario para arreglar asuntos de testamentaría y herencia, «por su desinterés y carácter».⁶⁷

66. Archivo del Monasterio de las Benedictinas de la Adoración Perpétua, de Mas Grenier, *Crónica de la época; Itinerarios*, 32.

67. ROS, 84, 292.

Además muy virtuoso debían considerarlo el notable número de personas de toda edad, condición y sexo, que le tomaron por su confesor y director espiritual, y muy especialmente las exclaustadas que deseaban fundar el Instituto de la Divina Pastora, que le tomaron por su padre espiritual y director, nombrándole luego oficialmente como tal el obispo de Vic, a fuer de fundador nato del Instituto (1850).

El citado P. José de Alpens, su discípulo y amigo, en sus *Recuerdos* le elogia repetidamente por sus virtudes y en una ocasión como «hombre prudente, rico (de familia rica) y virtuoso». ⁶⁸ En la misma consideración debía tenerle el futuro S. Antonio M^a Claret, amigo de su familia, quien le aseguró que su Instituto era una obra que había de redundar en la gloria divina y en la salvación de las almas y que era «voluntad de Dios que trabajara en ella» (1858). ⁶⁹

Otro testimonio de su virtud nos lo da la Venerable M. Antonia de Oviedo, fundadora de las Hermanas Oblatas del Santísimo Redentor, que le conoció y trató, la cual le considera claramente como «tan lleno de buen sentido y tan despreocupado» (es decir recto, sin miramientos de parcialidad) (1867) y una y otra vez le manifiesta su estima llamándole en las cartas «de toda mi veneración y afecto» y «de toda mi veneración y respeto», ⁷⁰ expresiones que muestran bien a las claras el alto concepto que tenía la venerable de la virtud más que común del P. Tous. Y lo mismo el obispo de Daulia, Fr. José Benito Serra, que le llama «amigo de todo mi aprecio». ⁷¹

A la muerte del P. Tous (1871) dice la crónica del Instituto, que «fue un continuo recibir pésames de muchas personas que tenían por confesor al Rvdo. P. Tous, que se lamentaban de haber perdido a su buen Padre», espiritual, sin duda por sus virtudes y fama de santidad. Acudieron también otras personas «ya atraídas por la novedad —rara vez oída— de haber muerto un sacerdote revestido con los ornamentos sacerdotales y celebrando la Santa Misa, ya también por el aprecio que su virtud le había granjeado». ⁷² Es decir, que a los que sospechaban que era un santo, las circunstancias de su muerte les hicieron caer

68. *Ibid.*, 96.

69. *Ibid.*, 81, 82, 163-164.

70. *Ibid.*, 247-248; ZARAGOZA, 67, 71.

71. ZARAGOZA, 28, 31, 33.

72. ACMDP, *Memorias. Relación histórica*, 14; ROS, 290.

en la cuenta de que lo era y a los que ya le apreciaban con su virtud más que común, las mismas circunstancias les confirmaron en la opinión de virtud en que le tenían.

Algunos de los que le conocieron y trataron a lo largo de su vida dejaron por escrito su opinión de santidad del P. Tous y aunque hablan a título personal, como escriben para dejar constancia de los hechos, reflejan sin duda la opinión generalizada de sus lectores, muchos de los cuales habían conocido y tratado al P. Tous. Así el capuchino, compañero y amigo del P. Tous, José de Alpens afirma sin ambages: «Era mi amigo Fray José Tous de Igualada, Fundador del Instituto (de la Divina Pastora) un religioso escrupulosamente observante de las Reglas que había profesado. A pesar de su excomunión vivía como si estuviera en el claustro, en el seno de su familia, que lo apreciaba como un santo religioso. Fuera de las ocupaciones de su ministerio, su retiro era continuo y siempre se hallaba ocupado en la lectura de libros de su profesión o en visitas de enfermos, o en la dirección espiritual de las Religiosas. Ya en el convento era considerado como muy virtuoso... Era de una gran prudencia... No creo tuviera a nadie agraviado y sus limosnas le habrán abierto las puertas del cielo».⁷³

Analizando este testimonio vemos como el P. Alpens participa de la opinión de su familia (la del P. Tous) que le tenía como a un *santo religioso*, porque era escrupulosamente observante de las Reglas que había profesado, a pesar de vivir excomulgado. Su amor al retiro era notorio y conocido, y su actividad en el retiro era la lectura espiritual, o mejor dicho la lectio divina, que incluye lectura, meditación, oración y contemplación; y fuera de su retiro sus ocupaciones —se refiere al final de su vida— eran la visita a los enfermos y la dirección espiritual de sus religiosas. Ya desde joven era tenido como muy virtuoso, y era de gran prudencia, a nadie tenía agraviado y sus limosnas eran tantas que ellas sólo le habrían bastado a juicio del P. Alpens para abrirle las puertas del Cielo. ¡Hermosa radiografía espiritual de quien le conoció durante toda su vida! ¡Estupendo testimonio de la virtud del P. Tous, cuya opinión de santidad compartida con la de su familia, no teme ser contradicha por sus contemporáneos que también le conocieron y trataron siquiera algún tiempo!, lo cual es prueba fehaciente de que la virtud del P. Tous era conocida y compartida por todos;

73. ACMDP, *Memorias. Relación histórica*, f. 6; ROS, 292-293.

tal era la fama de santidad de que de que gozo entre sus contemporáneos.

Esto escribía el P. Alpens en 1900 y sin embargo la fama de santidad del P. Tous pervivió y se acrecentó con el paso de los años. Así en 1928 el célebre escritor franciscano P. Samuel Eiján, escribe de él: «El P. Tous es un alma santa; es un director solícito, prudente y activo, que mira por su obra predilecta con todo empeño hasta el punto de dedicar a ella sus modestos ahorros y desvelarse de continuo por su conservación y florecimiento... Si más no hizo es porque más no pudo. Tan virtuoso como complaciente, prodigó siempre a las Religiosas bondades y afecto de verdadero Padre.»⁷⁴

Analicemos el texto. Primero califica al P. Tous de *alma santa*. Y lo dice con conocimiento de causa, porque escribe la biografía de la hoy venerable M. María Ana Mogas y Fontcuberta, hija espiritual del P. Tous y religiosa de su Instituto, que después de su muerte (la del P. Tous) fundó el de Terciarias Franciscanas de la Divina Pastora. Y para escribirla se valió de escritos hoy desaparecidos y sin duda de los relatos de la M. Concepción Dolcet († 1918), también hija espiritual del P. Tous y la sucesora en el generalato en el Instituto fundado por la M. Mogas, y de los que las religiosas Terciarias Franciscanas habían oído contar a la propia M. Mogas y a la M. Dolcet, o sea de testigos de *visu et auditu*. Grandes y numerosos debían ser los testimonios de la virtud del P. Tous, cuando llega a la conclusión de que era «un alma santa», *prudente, solícito y activo*, que se vuelca en su Obra, a la que dedica tiempo y ahorros, haciendo por ella todo cuanto pudo, que era también *virtuoso y complaciente* y que *prodigó siempre* a sus religiosas *bondades y afecto de verdadero Padre*.

A parecidas conclusiones han llegado los que después escribieron sobre el P. Tous, tras examinar sus escritos y biografía. Así el Dr. Ernesto Ros, en la biografía que de él escribió, le llama repetidamente santo por su fe, virtud, prudencia, doctrina, piedad eucarística y mariana, vida ejemplar y escritos. Y pone punto final a ella diciendo a las religiosas fundadas por el P. Tous: «Tal fue su ejemplar vida y su meritoria Obra hasta el momento en que el Señor lo llamó para sí y pudo oír de sus divinos labios las palabras evangélicas: *Euge serve bone et*

74. S. EIJÁN, *Vida de Sor María Ana Mogas*, (Santiago de Compostela 1928), pp. 83, 100.

fidelis... Después... la pequeña semilla echada en Ripoll ha crecido espléndida y lozana... por vuestra fidelidad a la memoria y a las enseñanzas del virtuoso Padre Tous.»⁷⁵

Y el autor que publicó la correspondencia epistolar del P. Tous afirma (1990) de dicho Padre: «Dejó en quienes le conocieron y trataron el recuerdo imborrable de sus virtudes. La presencia de Dios, la celebración diaria de la Eucaristía, la administración del sacramento de la penitencia y la dirección espiritual, junto con el deseo de hacer la voluntad de Dios, su celo por la salvación de las almas, su devoción a la Virgen María en su advocación de Madre del Divino Pastor, marcaron toda su vida, silenciosamente entregada al servicio de la Iglesia, a difundir la paz y el bien, a ejemplo de S. Francisco de Asís, su maestro, y a sembrar por doquier la verdad del Evangelio, fundado en su «fe y confianza» en Dios, que fue como la divisa de su actividad apostólica y de su vivencia cristiana más profunda».⁷⁶

Y concluimos: Si son tantos, tan variados, de distintos años y testigos, y de diferentes lugares, los testimonios de la virtud más que común, es decir de la fama de santidad, del P. Tous, y si es cierto, como lo es sin duda alguna, como dijo el Señor, que por sus frutos se conoce si un árbol es bueno o malo, a la vista del unánime testimonio de familiares, amigos, hermanos de hábito, religiosas de la Divina Pastora, obispos y confesandos contemporáneos, testigos de *visu et auditu* y estudiosos de su vida, escritos y Obra; y siendo de tan distintos lugares (Cataluña, Toulouse, Madrid, etc.) y de personas tan cualificadas y veraces como S. Antonio M^a Claret, el arzobispo Pablo d'Astrós, de Toulouse, el obispo de Daulia y venerable José Benito Serra OSB, las benedictinas de Toulouse, las religiosas de su Instituto, sus confesandos, su familia, las venerables MM. Antonia M^a de Oviedo y María Ana Mogas y otros, debemos llegar a la conclusión de que la fama de virtud y opinión de santidad del P. Tous fue común en todos los que le conocieron y trataron a los largo de su vida, *semper et ubique*; y los que recogieron el testimonio de quienes le conocieron y trataron y examinan sus escritos, llegaron a la conclusión de que el P. Tous era un santo. A esta misma conclusión llegamos nosotros que esto escribimos años ha y cuanto más nos introducimos en su vida, escritos y

75. ROS, 299.

76. ZARAGOZA, 7.

obra, tanto más nos convencemos de la santidad del P. Tous, de su altísimo grado de perfección cristiana y de su fama de virtud, general en sus contemporáneos, que ha llegado hasta nosotros, y que lejos de aminorarse se extiende día a día en cuantos llegan a conocer su vida, escritos y Obra.

Fama de santidad del P. José Tous y Soler a su muerte

Es importante en la teología de la canonización el valioso testimonio del sentir del Pueblo de Dios para las decisiones posteriores del magisterio eclesiástico en orden a la prosecución y culminación del proceso de beatificación y canonización. Como dice magistralmente el experto teólogo Paolo Molinari: «Dios mismo suscita entre los fieles aquel amplio y espontáneo movimiento de admiración, oración confiada y afecto o sea auténtica fama de santidad, que desde los comienzos se sitúa en la raíz de cada canonización y que los teólogos consideran justamente como signo divino, una indicación de la presencia del *dedo de Dios*.»⁷⁷

El movimiento amplio y espontáneo de admiración, respeto y afecto y devoción, que acompañó toda la vida del P. Tous, desde su ingreso en la Orden Capuchina por parte de sus compañeros y superiores; en sus años de estudio por parte de sus maestros y condiscípulos; en sus años de destierro en Francia por parte de sus superiores regulares y diocesanos y de las benedictinas de la Adoración Perpetua y fieles que atendió espiritualmente; en sus años de ministerio en Cataluña por parte de sus familiares, dirigidas y fieles de las parroquias de Santa María del mar, Esparraguera y S. Francisco de Paula de Barcelona, y por las fundadoras, religiosas y alumnas de su Instituto y de cuantos le conocieron y trataron, se acrecentó aún más su santa muerte, por las circunstancias de haber muerto revestido de los ornamentos sacerdotales y celebrando la Eucaristía, rodeado de sus sobrinos, religiosas y alumnas de su Instituto. Pero antes de referir las manifestaciones espontáneas de pésame y veneración que sucedieron entonces, veamos como fue la muerte del P. Tous.

77. *La Civiltà Cattolica*, IV, 1978, 28.

Varios son los manuscritos que narran su muerte, pero la mayor cantidad de detalles y por habérselos referido la M. María Eulalia Feixas, testigo presencial, seguimos el memorial de la Madre Sala (II, 53-55) del que se sirvió también su biógrafo el Dr. Ernesto Ros Lecobte, que escribe así: «Era lunes 27 de febrero de 1871. Aquella mañana el Padre Tous había madrugado más de costumbre. Cuando sus sobrinos, Francisco Tous Malleu, de 9 años y Bartolomé Costas Adam, de 10 llegaban como todos los días a ayudarle la Santa Misa en el Colegio de la calle Junqueras, vieron, con sorpresa, que el Padre José se les había anticipado. Todavía diéronle alcance al momento que el P. Tous hablaba con la Hermana portera, que se pongan a punto lo antes posible las internas que desearía enseguida la Santa Misa... Bien Padre: daré aviso, respondió la Hemana. ¿Acaso el Padre presentía la inminencia de su muerte? Y empezó la celebración de la Misa con aquel fervor y unción que le caracterizaban. Ha terminado el «memento de los vivos»... Una vez más el P. Tous suplicado por sus Hijas... *Domine, serva eas...*, ¡Señor! guárdalas, protégelas... Se acerca el instante de la Consagración... y cuando el Padre levanta su mano para bendecir la oblata... su cuerpo se encoge de un modo extraño, inclínese rápidamente y cae desplomado sobre la tarima.

Un grito de terror y de angustia salió de la Comunidad y del pequeño grupo de colegialas internas... Acuden presurosas las Hermanas, solicitan la ayuda de los vecinos, retiran al Padre del altar, lo despojan de los ornamentos sagrados, buscan cuantos medse les ocurren y hallan a mano... itodo inútil! El Fundador, el Padre amante de sus Hijas, el Guía experto y generoso protector del Instituto de Terciarias Caouchinas ha cruzado las fronteras de la eternidad. Entre tanto llega, jadeante, el párroco de S. Francisco de Paula, doctor don Juan Miguel Torres y le administra los auxilios espirituales *sub conditione*, mientras que el médico, que acaba de llegar certifica la defunción del virtuoso Padre. Sollozos reprimidos en unas, lamentos angustiados en otras. terror y miedo en aquellos dos sobrinos del P. Tous, que corren despavoridos en busca de sus familiares. La superiora, M. Isabel Vilá, a quien una afección crónica retenía en cama, levantóse presto y acudió a la capilla tan pronto fue avisada prudentemente del ataque sufrido por el buen Padre. Ante el cuerpo exánime que yace allí, al pie del altar »pequeño y angosto oratorio«, comprendió al instante la gran prueba que Dios enviaba al Instituto. Bañados los ojos de lágrimas, puso en

sus labios la palabra de resignación cristiana: «¡Dios mío, cúmplase vuestra santa voluntad!»

El cadáver del abnegado y ejemplar Padre Fundador de las Terciarias Capuchinas «fue depositado en la Capilla del Colegio vestido con sobrepelliz y estola», y luego conducido a su domicilio particular de la calle Balsas de San Pedro, desde donde se efectuó el sepelio, pues cuidó del mismo la parroquia de S. Pedro de las Puellas, en cuyo libro de óbitos se inscribió la correspondiente partida. Recibió sepultura en el cementerio occidental de Barcelona en un nicho nuevo que para él adquirió su hermano don Francisco.»⁷⁸

Esta preciosa murte, revestido de los ornamentos sacerdotales y diciendo Misa, acrecentó de tal manera la estima, veneración y afecto que sentían los que le conocían y trataban, pues vieron en estas circunstancias una prueba manifestación de su oculta virtud interior. Y esto de manera general y masiva, como lo atestigua sus sobrina la religiosa capuchina Teresa Tous, que escribe durante el tiempo que el cadáver del P. Tous permaneció expuesto tanto en el Oratorio de colegio de la calle Jonqueras, donde murió, como en casa de sus familiares, «fue un continuo recibir pésames de muchas personas que tenían por confesor al R. P. Tous, que se lamentaban de haber perdido a su buen Padre, también de muchas otras que concurren, ya atraídas por la novedad —rara vez oída incluso en la vida de los santos— de haber muerto un sacerdote revestido con los ornamentos sagrados y celebrando la santa Misa, ya también por el aprecio que su virtud le había granjeado.»⁷⁹

El haber comprado su hermano Francisco un nicho nuevo para el P. Tous y estas expresiones, como son el *continuo recibir pésames, de muchas personas* que le tenían por confesor, las cuales se lamentaban de haber perdido *a su buen Padre* espiritual, muestran la gran estima espiritual que hacían de su virtud y consejos, y no sólo familiares y amigos, ni las religiosas de su Instituto o alumnas, sino de sus dirigidos, de aquellos que le apreciaban *por su virtud* y hasta de aquellos que sin conocerle llegaron hasta su féretro atraídos por la circunstancia inaudita —entendida como don de Dios y prueba de virtud— de haber muerto celebrando la Eucaristía. Los que le conocían y trataban,

78. ROS, 287-288.

79. ACM DP, *Memorias. Relación histórica*, 10; ROS, 290.

sus dirigidos, familiares, religiosas y alumnas de su Instituto, vieron en su muerte la confirmación de la opinión de su virtud más que común en que le tenían y los que no le conocían vieron en su muerte un signo de esta misma virtud. lo que nos demuestra que la fama de santidad del P. Tous no sólo era unánime y común en cuantos le conocían y trataban, sino que a raíz de su muerte lo fue también para quienes no le habían tratado al ver cómo murió, puesto que la muerte es el coronamiento de la vida y como dicce S. Agustín: «Dios al premiar a los santos corona sus propias dones. En efecto, Dios da los dones que quiere a sus siervos y si éstos «negocian» con ellos según la voluntad divina, Dios los premia por su libre colaboración y fidelidad, con lo que entonces corona con la gloria los dones que El mismo les dio para que llegaran a la perfección cristiana y cumplieran la misión eclesial para la cual les había llamado.

Entre los testimonios de pésame y de su virtud tenemos el de la Orden Capuchina, que registró su nombre en sus anales y en su necrologio.⁸⁰ Lo mismo el *Boletín Eclesiástico del Obispado de Barcelona*, aunque escuetamente —como todo lo oficial y sin duda por pertenecer el P. Tous al grupo marginado por la jerarquía de los religiosos exclaustrados—. ⁸¹ Y el *Diario de Barcelona*, que hace referencia al mencionado *Boletín*, que nota la coincidencia de haber muerto dos capuchinos de igual edad y ordenación, uno de ellos «el P. Tous (que) falleció repentinamente el lunes último mientras estaba celebrando misa en un colegio que había fundado en las inmediaciones de la calle Jonqueras.»⁸²

Como vemos, resalta también la circunstancia de su muerte, como un signo digno de notar, señal de la predilección divina y de la predestinación eterna del P. Tous, y no menos de sus virtud reconocida por todos.

A estas especiales manifestaciones de pésame y dolor por la pérdida de tan virtuosos Padre, hay que añadir las de la madre Remedios Palos, cofundadora del Instituto, que fue la encargada de transmitir la triste noticia a las distintas casas del Instituto, encargando a sus religiosas la aplicación de abundantes sufragios por el alma del venerado

80. Basili de RUBÍ, *Necrologi*, 58; A. de PALMA, *Iconografía caputxina*, núm. 91, 68.

81. Núm. 684 (2-3-1871), 72.

82. Núm. 61 (3-3-1871), 2.283.

Fundador, no tanto por la necesidad que pudiera presumirse de purificar su alma abreviándole el Purgatorio, cuanto como prueba de su gran amor y gratitud, a nivel personal y de Instituto, a aquel bendito padre, fundador y director, que había consagrado su vida al servicio de las religiosas y alumnas del Instituto de Terciarias Capuchinas de la Divina Pastora, que aún hoy día aplica sufragios por su alma en todas las Casas y Colegios, en prueba de reconocimiento y gratitud.

La fama de santidad del P. Tous, no sólo fue unánime y constante durante su vida y creció con su extraordinaria muerte, sino que ha ido acrecentándose con los años, a medida que su vida y obra han sido conocidas y los fieles que les han invocado en sus necesidades han experimentado su protección y ayuda.

Fama de santidad del P. José Tous, después de su muerte

La fama de virtud y santidad del P. José Tous fue universal en quienes le conocieron y trataron y dicha fama se acrecentó con ocasión de su santa muerte, revestido con los ornamentos sacerdotales y celbrando la Eucaristía, el 27 de febrero de 1871.

Con el tiempo su fama de virtud ha ido creciendo, a medida que el conocimiento de su vida y obra han sido más ampliamente conocidas a pesar de no estar sus restos recogidos en ningún oratorio público fácilmente accesible a los fieles. Por ello su sepulcro no ha sido tan visitado como lo sería de estar en un lugar más accesible, que el cementerio municipal de Barcelona, donde su nicho no se distingue de los demás, sino es por la lápida que indica que en él reposan los restos del dicho venerado P. Tous. Sin embargo el mismo sepulcro es un testimonio de la veneración y respeto de que gozaba el P. Tous a su muerte, pues fue comprado expresamente para él por su hermano Francisco Tous el mismo día del fallecimiento del P. José, en el Cementerio del Este (Barcelona), que tiene el n. 1.358, Isla 2ª. Sus familiares mantuvieron este sepulcro con afectuosa veneración y por ello no permitieron que fuera enterrado en él ningún otro familiar, fuera de otro sacerdote y cuatro párvulos inocentes.

Dicho nicho fue entregado en 1942 al Instituto de la Divina Pastora por una sobrina lejana del P. Tous y desde 1987 está registrado a nombre de Capuchinas de la Madre del Divino Pastor, que así han po-

dido recuperar los restos de su venerado fundador. Con diversa frecuencia podemos decir que muchas son las personas, especilamente religiosas, alumnas y devotos, que van a rezar junto a su tumba, porque ello satisface su devoción y les anima a seguir adelante en su vida cristiana, confortados por el ejemplo del P. Tous y esperando su protección, pues le tienen e invocan como su intercesor en el Cielo.

No lejos de la tumba del P. Tous se hallan otras donde reposan varias religiosas del Instituto, entre ellas la cofundadora Remedios Palos, de tal manea que podríamos decir de él, lo que el Papa S. Gregorio Magno escribió de los santos hermanos Benito y Escolástica, diciendo que «ni la tumba pudo separar los cuerpos de aquellos cuyas almas habían estado siempre unidas en el Señor».⁸³

La inscripción de la lápida sepulcral de mármol blanco coronado por el escudo de su Instituto, tiene la siguiente inscripción:

RDO. P. JOSÉ TOUS SOLER OFMC FUNDADOR DE LA
CONGREGACIÓN DE LAS HH. CAPUCHINAS DE LA
MADRE DEL DIVINO PASTOR 31-3-1811 + 27-2-1871

El día que sus restos sean trasladados al colegio del Instituto destinado para ello sin duda la devoción y frecuencia de visitas a la tumba del P. Tous aumentarán espectacularmente, por estar su sepulcro en lugar más accesible y más honroso y distinguido.⁸⁴

En cuanto a los escritos que le conocieron y trataron, crónicas de su Instituto, recuerdos y memorias de sus compañeros y primeras religiosas, etc. y todos los demás que hacen referencia al P. Tous y han quedado manuscritos y se guardan en diversos archivos, y todos reunidos —originales y/o copia— en el ACMDP, son favorables o positivamente o por no insinuar nada en contra el P. Tous en cuanto por considerar su vida como muy ejemplar, virtuosa, edificante, devota y santa. En cuanto a las publicaciones más serias e importantes que han tratado de su persona, vida y Obra, señalamos que todas son favorables a su fama de santidad, tales como:

83. GREGORIO MAGNO, *Vida de San Benito Abad*. Versión de E. Zaragoza. (Zamora 1990), 150.

84. *Itinerarios del P. José Tous y Soler (1811-1871)*, (Barcelona 1988), 53; ROS, 289.

- A. PABLOS VILLANUEVA, OSB, *El Ilustrísimo Padre José Serra, de la Orden de San Benito, Obispo de Daulia. Fundador de las Hermanas Oblatas del Santísimo Redentor* (Madrid 1922).
- A. PABLOS VILLANUEVA, OSB, *La Madre Antonia de la Misericordia y el Instituto de Oblatas del Santísimo Redentor* (Madrid 1925).
- Samuel EIJÁN, *Vida admirable de la Venerable Madre Sor María Ana Mogas y Fontcuberta* (Santiago de Compostela 1928).
- L. DE ACOSTA, *Antonia de Oviedo y Schöntal (Madre Antonia de la Misericordia y su Obra, las Oblatas del Santísimo Redentor* (Pamplona 1943).
- Ernesto ROS LECONTE, *Vida y Obra del P. José Tous y Soler (Fray José de Igualada, O.F.M.Cap.)* (Barcelona 1952).
- D. de FELIPE, *La Venerable Madre María Antonia o la pedagogía del Amor* (Madrid 1962).
- Biblioteca histórica. Hermanas Oblatas del Santísimo Redentor*, vol. I (Madrid 1981).
- Ernesto ROS LECONTE, *Vida y obra del Padre José Tous y Soler*, 2ª edición corregida y aumentada (Barcelona 1985).
- Itinerarios del P. José Tous y Soler (1811-1871)* (Barcelona 1988).
- Ernesto ZARAGOZA PASCUAL, *Correspondencia epistolar entre el P. José Tous y Soler y los venerables José Benito Serra, Antonia de Oviedo y María Ana Mogas* (Montserrat 1990)
- Ernesto ZARAGOZA PASCUAL, *El Reverendo P. José Tous y Soler. Actividades y espiritualidad*, en «Analecta Sacra Tarraconensia», vol.
- Ernesto ZARAGOZA PASCUAL, *Joseph d'Igalada*, en «Dictionnaire d'Histoire et de Géographie Ecclésiastique» (en prensa).

Hay otros escritos menores, con referencias interesantes pero escuras, publicados en revistas, diarios, boletines y semanarios. Nosotros citamos esta bibliografía por ser científica y metodológicamente la más seria, imparcial y bien documentada. Sin embargo, no podemos dejar de anotar que hay una obra que quiere ser una contribución al estudio de la vida religiosa en España durante el último cuarto del siglo XIX, de Isaura Paz González, cuyo título es: *Las Terciarias Franciscanas de la Madre del Divino Pastor* (Madrid 1978), que comúnmente valora positivamente la actuación del P. Tous, en ocasiones la adjetiva minusvalorando su proceder o disposiciones, porque siendo parcial a

favort de la M. Mogas, (cuya figura y actuación defiende apologeticamente), para hacer crecer a esta, rebaja al P. Tous. Y esto de la manera es cierto, que calla absolutamente la carta del P. Tous al obispo de Daulia del 27 de noviembre de 1867 (Cf. p. 135.150, *La huída de Ciempozuelos*) que había publicado ya en 1952 E. Ros Leconte, en *Vida y Obra del P. Tous* y que ella misma cita cuando cree conveniente, prueba que no desconocía la obra. Y el olvido es significativo, toda vez que se trata de una carta en la que el P. Tous manifiesta que las Hermanas —entre ellas la M. Mogas, como superiora de las mismas— por haberse marchado «del Asilo (de Ciempozuelos) sin consentimiento de los superiores» «por sola esta acción se declaraban y constituían en apóstatas de la Orden e indignas de pertenecer al Instituto de la Divina Pastora». Luego la M. Priora debió dar «competente satisfacción de todo lo ocurrido al P. Tous —como éste pedía en la misma carta— «del todo necesaria para entrar nuevamente en relaciones con la misma», pues volvieron a cartearse normalmente hasta la muerte del P. Tous.⁸⁵ Aducimos este ejemplo para que se vea cuán poco caso hay que hacer de las valoraciones que dicha autora hace sobre algunas actuaciones concretas del P. Tous, pues por lo que se refiere a su vida y a su virtud, también le es favorable en sentido lato al menos.

La fama de santidad del P. Tous se divulgó durante su vida entre sus familiares, amigos, bienhechores, dirigidos, compañeros capuchinos, sacerdotes, religiosas y alumnas de su Instituto; dicha fama de santidad se acrecentó a su muerte por las circunstancias anteriormente señaladas y después de su muerte con el recuerdo anual que hacían sus religiosas en todos los colegios del Instituto en las fechas más señaladas de la biografía del P. Fundador; mediante las publicaciones ya enumeradas, el Boletín «José Tous», que se publica cada trimestre y va ya por casi el centenar de números, de las estampas publicadas en catalán, francés, castellano e inglés, que contienen sus datos biográficos, los calendarios manuales o de mesa, a través de las fechas más significativas de aniversarios de fundación del Instituto y de cada uno de los colegios, de las explicaciones orales de las religiosas a las alumnas, de las publicaciones capuchinas catalanas, etc. Y a través de los sacerdotes, capuchinos, religiosas y a alumnas, la fama de su santidad o virtudes se ha dado a conocer en muchas iglesias, que manifestaron y mani-

85. Puede verse esta carta en ROS, 244; ZARAGOZA, 61.

fiestan su devoción al P. Tous invocándole en sus necesidades, pidiéndole favores, llevando su retrato en la cartera, aplicando su estampa a los enfermos y rezándole para que interceda por ellos ante Dios y pidiendo su beatificación y canonización.

Muchas son las gracias ordinarias atribuidas a la intercesión del P. Tous, en especial de religiosas y alumnas de su Instituto y en los familiares de ambas, y algunas de ellas pueden calificarse de extraordinarias.

Personalmente me manifestó doña Angeles Morillas, de Cuenca, residente en Madrid, calle Concha Espina n. 72, que a finales de 1991 sufrió una hemiplegia y salió de ella a los pocos días, pudiendo salir sola a la calle, tras haber estado en silla de ruedas y hospitalizada, por intercesión del P. Tous, cuya estampa yo mismo le envié al enterarme de su grave enfermedad.

Tanto la fama de santidad que tuvo el P. Tous en vida y se acrecentó tras su muerte, ha ido extendiéndose cada día más y más, gracias a las distintas publicaciones biográficas que se han publicado, así como su epistolario, boletín, etc. pudiéndose decir que en absoluto es una figura poco conocida entre los eclesiásticos y fieles, sino que su vida y obra son conocidas tanto en Cataluña, como en Francia, Madrid y hasta América Central. Si la iglesia juzga oportuno llevar adelante su causa de beatificación y canonización, sin duda la devoción, estima y veneración por el P. Tous se acrecentará, así como la fama de santidad, irradiación e influencia de su espiritualidad en el Pueblo de Dios que peregrina en diversas naciones y en la Orden Capuchina a la que perteneció.